

NOVELAS DE FORMACIÓN

**Un itinerario psicológico y literario de la
mano de escritores y escritoras italianos
contemporáneos**

Ejercicio de traducción de la materia

Lengua Italiana IV realizado por los alumnos del
Traductorado de Italiano:

Mateo Gallo,

Paloma Pasquali,

Ornella Primucci,

Marilyn Sheffield,

guiados por el prof. Néstor Saporiti

2021



**TRADUCTORADO
EN ITALIANO**



PRESENTACIÓN

Desde hace ya un año, los alumnos del 4° año del Traductorado de Italiano, en el contexto de la asignatura Lengua Italiana IV, realizan, a modo de trabajo final de la carrera, un Ejercicio de Traducción, del italiano al español. El contenido se renueva cada año y gira alrededor de un tema que, según el argumento, reúne textos literarios junto a los de una o más disciplinas, que los complementan.

De esta manera, nuestros estudiantes Mateo Gallo, Paloma Pasquali, Ornella Primucci y Marilyn Sheffield demuestran la madurez que, como inminentes traductores, han podido alcanzar a lo largo de los cuatro años de formación académica. De hecho, aun cuando se forman para ser Traductores Públicos, nos parece importante ofrecerles las herramientas suficientes para que, además, sean capaces de enfrentar el desafío de traducir textos de otra índole: literarios, técnicos, ensayos, periodísticos, etc.

El tema que nos ocupa este año 2021 es el de la así llamada psicología evolutiva y la literatura. Justamente, la literatura europea, a través de las llamadas “novelas de formación”, se ha ocupado desde el siglo XVIII hasta hoy de acompañar la evolución psicológica de no pocos personajes desde la infancia hasta su integración en la sociedad en los albores de la edad adulta. La literatura italiana, obviamente, no se ha sustraído a este tipo particular de narrativa, ofreciéndonos ejemplos notables, como se verá en la Introducción.

La selección de las obras que presentamos en este trabajo y el orden en que han sido organizadas obedece a un criterio evolutivo particular: cada una de las 14 novelas aquí citadas va siguiendo el proceso de crecimiento de un personaje imaginario creando, como resultado, un mosaico de experiencias humanas, de situaciones que, con mayor o menor intensidad, todos hemos vivido alguna vez: desde el nacimiento y la elección del nombre hasta los 36 años y la importancia de enfrentar la vida adulta. A veces se trata de un personaje femenino, otras de uno masculino; a veces han surgido de la pluma de un escritor, otras de una escritora. Pero más allá de las diferencias de género y su complementariedad, la lectura de este texto nos permite recorrer un proceso evolutivo en el que la psicología se entrelaza con los renglones del texto literario. Será imposible no identificarnos, al menos en parte, con las experiencias que cada pasaje nos relata. Luego, para ayudar a reflexionar sobre lo leído, cada capítulo concluye con una pregunta, colocada bajo el subtítulo “Los recuerdos”. De esta forma, la lectura no sólo instruye, sino que también forma y educa.

De eso se trata entonces, de recordar para agradecer y proyectar, traduciendo, como lo han hecho nuestros alumnos, pero también en la vida personal, lo que nos ha sido dado, para el bien de todos. Espero que quienes lean este trabajo lo disfruten tanto como nosotros al prepararlo y traducirlo.

Néstor Saporiti

INTRODUCCIÓN

La **novela de formación** o **Bildungsroman** (del alemán) es un **género literario** que refleja la evolución del protagonista hacia la madurez y la vida adulta, así como también su origen histórico. En el pasado, el propósito de este tipo de novelas era promover la integración social del protagonista, mientras que hoy es contar emociones, sentimientos, proyectos y acciones vistas desde adentro, apenas surgen.

Etimología y características

Según Goethe, “el alemán utiliza de manera apropiada el término *Bildung* para indicar tanto lo que se ha producido como lo que se está produciendo”. La etimología del sintagma se remonta “a una raíz germánica *bil*, que habla de ‘poder milagroso’, ‘magia’: es la magia implícita que produce la aparición de una imagen. El texto, en este sentido, no es contenido perteneciente a un canon, no se da de una vez por todas, sino que aparece y reaparece en cada instante diverso, como por arte de magia. Así es el *Bildungsroman*, la “novela de formación”, que analiza la existencia de una persona, su origen: describe así, ‘desde adentro’, observando en su nacimiento, por medio de las emociones, las pasiones, los dolores y los descubrimientos permanentes, la evolución del protagonista hacia la madurez y la edad adulta. (...) Non hay formación sin transformación, sin auto-formación”^[1].

El *Bildungsroman* puede formar parte de diversas categorías: novela psicológica-íntima, novela de ambiente y costumbres, novela didáctico-pedagógica^[2]. Puede utilizar diversas fórmulas, entre ellas, la novela histórica, la novela autobiográfica^[3] y la novela epistolar.

El género se refiere a las edades de la vida que preceden a la disciplina de la adultez: la infancia, la adolescencia, la juventud. Introducidas en la literatura entre la segunda mitad del siglo XVIII y el inicio del siglo XIX y gracias a la escritura autobiográfica inspirada en el modelo de Rousseau^[4] y en el *Bildungsroman*^[5], “estos estadíos existenciales adquieren una notable importancia entre la segunda mitad del siglo XIX y el inicio del siglo XX. De diferentes maneras, Tolstoi, George Eliot, Dostoievski (y Nievo, en Italia) dan profundidad narrativa a las edades aun no definidas de la vida, a las épocas del descubrimiento y la experiencia”^[6].

Entre finales del siglo XIX y la era del modernismo, la infancia y la adolescencia serán un tema importante en otro estadio del Bildungsroman europeo^[7], (en el que hay quienes incluyen al propio Kafka)^[8]. A la inversa, algunas ideas literarias del decadentismo^[9] se realizarán “en el fracaso de cualquier hipótesis de ‘maduración’, entendida como el avance de un camino efectivamente formativo, que sea capaz de aportar las cualidades intelectuales, morales, espirituales del sujeto a un nivel superior”^[10].

Historia

Aunque la crítica literaria encuentra antepasados relevantes desde la Telemaquía (en la Odisea de Homero), estrictamente hablando, la novela de formación es un género típico de la ficción alemana (Bildungsroman). El documento más conocido es *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Johann Wolfgang Goethe, 1796, en el que el protagonista, un joven burgués, se inicia en la vida y el arte a través de un viaje material y espiritual por Europa.

En 1801 Novalis (seudónimo de Friedrich Leopold von Hardenberg) publica *Enrique de Ofterdingen* donde, en controversia con Goethe, exalta la búsqueda de la "flor azul", símbolo de la poesía pura. Muy significativa en este sentido es la versión doble (1855 y 1880) de *Enrique, el verde*, de Gottfried Keller, que en la primera edición concluye con la exaltación del individualismo y en la segunda con el compromiso social.

La novela de formación también florece en Francia, después del trasfondo del siglo XVIII representado por la obra de Jean-Jacques Rousseau^[11]. Stendhal (seudónimo de Henri Beyle) inaugura, en 1830, la novela realista con *El rojo y el negro*, la historia de un arribista que al final de sus vivencias se da cuenta de que su verdadero yo se expresaba en un amor desinteresado; Gustave Flaubert, en 1869, con *Educación sentimental*, cuenta el fracaso de una gran ambición que esperaba realizar en la capital parisina.

En Inglaterra, en los albores de la que será la gran temporada de la novela inglesa, en el siglo XVIII autores como Henry Fielding con *Tom Jones* y Samuel Richardson con *Pamela* (aunque esta última paradigmáticamente muy diferente en estructura a otras novelas de formación propiamente dichas) narran el viaje de un joven, desde la crisis inicial, pasando por diversas vicisitudes, hasta el inevitable final feliz. Llegaremos luego a Charles Dickens con *David Copperfield*, una novela autobiográfica de 1850, en la que describe el dolor, el miedo y el amor de la infancia que terminan con una feliz inserción social, con el amor y la derrota de la infidelidad y la inmoralidad. Charlotte Brontë, en 1847, con la dramática *Jane Eyre*, se escandaliza con la descripción de la pasión amorosa de la protagonista. George Eliot (seudónimo de Mary Ann Evans), en 1872, publica *Middlemarch: estudios de la vida en la provincia*, un interesante ensayo sobre psicología y descripción del medio.

En Italia es posible citar a Ippolito Nievo con *Confesiones de un italiano*, publicado de manera póstuma en 1867, en la que el autor revive su infancia a la luz de su madurez que alude a la unidad nacional^[12].

Más recientemente, en 1906, el escritor austríaco Robert Musil en la autobiográfica *Los disturbios del joven Törless*, en una vida universitaria con experiencias abyectas, narra el paso de la infancia a la virilidad y el descubrimiento de las contradicciones de la sociedad burguesa. El escritor irlandés James Joyce, en 1917, en el *Retrato del artista adolescente*, más conocido en Italia con el título de *Dédalo*, expresa las emociones de la infancia, los trastornos de la pubertad, las insatisfacciones de la juventud y, finalmente, como Dédalo, la fuga de Dublín que lo encierra para aterrizar "exiliado" en el continente. En 1947 en *Doctor Faustus*, de Thomas Mann, los desvaríos nazis se simbolizan en los hechos del protagonista que enloquece tras haber compuesto una pieza de música dodecafónica que barre las leyes musicales^[13].

Variantes narrativas

Entre las variantes del género se encuentra el *Entwicklungsroman* (historia del desarrollo)^[14], el *Erziehungsroman* (historia de la fase educativa) y el *Künstlerroman* (historia de la formación artística). El término también se usa para describir películas sobre la mayoría de edad y modelos narrativos desarrollados con otras formas de comunicación visual^[15].

En 2001, Janet Tashjian, con la novela *El evangelio según Larry*, inaugura la era de la novela de formación ambientada en la era digital: "en esta novela, aunque no es una plataforma social sino un *blog*, se puede ver cómo el uso de las redes sociales por parte de los adolescentes representa una herramienta a través de la cual expresar sus pensamientos u opiniones y, al mismo tiempo, representa un momento de reflexión sobre sus ideales y valores (...) La novela, que protagoniza un adolescente y la cual está destinada a un público de lectores adolescentes, destaca la dificultad del proceso de construcción de identidad al ubicarse en el género de las novelas de formación" ^[16].

La novela de formación en Italia

Una novela de formación de particular importancia es *Confesiones de un italiano*, de Ippolito Nievo, publicada en 1867, después de la muerte del autor. La historia se desarrolla, y está escrita, en los turbulentos años de la unificación de Italia y bajo la autobiografía ficticia del protagonista, Carlo Altoviti, se encuentra la vida real del autor y su proceso de maduración que lo lleva a sentirse italiano.

En 1883 Carlo Collodi publicó *Las aventuras de Pinocho*: la historia del títere mentiroso que se convierte en una persona real cuando asume la responsabilidad, obviamente metafórica, lo cual hace de esta novela de formación una obra maestra de la literatura mundial.

La *Storia di una capinera*, de Giovanni Verga, 1871, fundador de la corriente realista, también se incluye en el grupo de novelas de formación, en la que la historia de la joven María se cuenta con el pesimismo habitual del realismo siciliano.

La novela de formación en el siglo XX

En el siglo XX la novela de formación se transforma y se encuentra, en cierto sentido, en un período de crisis. La investigación de los aspectos psicológicos de los protagonistas se vuelve más compleja, mientras que los acontecimientos políticos y sociales requieren reflexiones más profundas sobre la relación entre el individuo y la sociedad.

Si la novela del siglo XIX asume un papel pedagógico, representando el papel del individuo en la nueva sociedad burguesa y masificada, la novela del siglo XX rechaza esta función, prefiriendo dar una descripción de la realidad, de sus contradicciones, del hombre y sus complejidades al llevar a cabo una narrativa íntima de los personajes.

De ahí la mayor atención a los aspectos psicológicos que se encuentran en obras como *Martin Eden*, de London (1909), o *Los disturbios del joven Törless*, de Musil (1906), ambas novelas que arrojan una luz siniestra sobre las trayectorias de crecimiento de los protagonistas y su entrada en la sociedad.

En *Retrato del artista adolescente*, de Joyce (1917), la atención a la descripción psicológica se vuelve más marcada hasta el punto de que el autor elige un nombre alusivo para su protagonista, Stephen Dedalus, con una clara referencia al Dédalo de la mitología griega, constructor del laberinto de Creta.

En Italia, Alberto Moravia, con su primera novela, *Los indiferentes* (1929), describe la crisis y la apatía de la burguesía italiana durante el fascismo a través de la historia de Carla y Michele Ardengo.

Los años de la Resistencia producen novelas ancladas a esa experiencia histórica: ejemplos son *El sendero de los nidos de araña*, de Calvino (1947), que cuenta la Resistencia como si fuera una aventura a través de los ojos del muy joven Pin, y *El partisano Johnny*, de Fenoglio en la que, de una manera mucho más clásica, la historia del crecimiento y maduración personal del protagonista es también una forma de iluminar episodios y situaciones de la guerra de guerrillas.

Las transformaciones de la Italia de la posguerra, con sus crisis y contradicciones, se pueden rastrear en varias obras, entre ellas *L'età del malessere*, de Dacia Maraini, historia de la joven estudiante Enrica, incapaz de realizarse en Italia en la década de 1950, excesivamente religiosa y económicamente pobre y árida.

En la década de 1950 se ambientan *Chicos del arroyo* (Ragazzi di vita) y *Una vida violenta*, de Pier Paolo Pasolini: novelas en las que se narra la vida de los niños de los pueblos romanos pobres y degradados. Protagonistas de historias desesperadas, nunca son objeto de una evolución positiva, sino que son condenados en los roles que les impone el contexto social, o se rebelan contra él, encontrando un final trágico. El impulso presente en las grandes novelas del siglo XIX, que narran historias edificantes de venganza social, se ha agotado definitivamente dejando lugar a la tristeza.

Notas

1. Francesco Varanini, *La formazione come arte letteraria: ovvero la Morfosfera*, Milano: Franco Angeli, For: rivista Aif per la formazione: 90, 1, 2012, pp. 47-48.

2. Krienke, Markus, *Le tracce filosofiche nella letteratura: autorealizzazione nel superamento del sé nei Promessi Sposi (Manzoni-Rosmini), nel Faust (Goethe-Hegel) e nel Demian (Hesse-Jung)*, Pisa: Fabrizio Serra, Per la filosofia : filosofia e insegnamento : XXXIV, 100 101, 2017.
3. Andrea Inglese, *Romanzo e individualismo: una genealogia dell'homo clausus*, Milano: Franco Angeli, Società degli individui. Fascicolo 32, 2008.
4. Egle Becchi, *Chi racconta a chi: personaggi e strategie di testi pedagogici rousseauiani*, Pisa: Fabrizio Serra, Rassegna di pedagogia: Pädagogische Umschau : trimestrale di cultura pedagogica : LXX, 1 2, 2012.
5. Cfr. F. Orlando, *Infanzia, memoria e storia da Rousseau ai romantici*, Padova, Liviana, 1966.
6. G. Mazzoni, *Teoria del romanzo*, Bologna, Il Mulino, 2011, p. 344.
7. Cfr. F. Moretti, «Un'inutile nostalgia di me stesso». *La crisi del romanzo di formazione europeo, 1898-1914*, Torino, Einaudi, 1999.
8. Brion Charles, «Le Disparu de Franz Kafka: un anti-Wilhelm Meister?», *Revue de littérature comparée*, 2016/1 (n° 357), pp. 31-46.
9. Peter Arnds, *The Boy with the Old Face: Thomas Hardy's Antibildungsroman "Jude the Obscure" and Wilhelm Raabe's Bildungsroman "Prinzessin Fisch"*, *German Studies Review*, Vol. 21, No. 2 (May, 1998), pp. 221-240.
10. Renato Ricco, *Gli indifferenti o la tragedia mancata del borghese 'ohne Eigenschaften'*, Napoli: Loffredo Editore, Critica letteraria, N. 4, 2007, p. 788, secondo cui già in Oblomov c'è la storia simultanea di un percorso pedagogico e del suo fallimento, per cui "si può quasi parlare di un anti-Bildungsroman, dove addirittura coloro che sono preposti ad educare, Olga e Stolz, diventano soggetti di una rieducazione".
11. Mark J. Temmer, *Rousseau's "La Nouvelle Héloïse" and Goethe's "Wilhelm Meisters Lehrjahre"*, *Studies in Romanticism*, Vol. 10, No. 4, Jean-Jacques Rousseau (Fall, 1971), pp. 309-339.
12. Bascherini Gianluca, *Carlino's way. Appunti su Le confessioni di un italiano di I. Nievo*, Milano: Franco Angeli, Ritorno al diritto : i valori della convivenza. Fascicolo 4, 2006, p. 119.
13. Risalendo al conflitto padre-figlio nel *Tonio Kröger* dello stesso autore, vi è chi ha riconosciuto nel *Bildungsroman* un "carico di violenza che, sebbene indiretta, scuote la coscienza del lettore": Alessandro Voltolin, *Le ragioni dei vinti. Sguardo sull'arte sequenziale extra-europea*, Milano: Franco Angeli, Costruzioni psicoanalitiche. Fascicolo 1, 2007, p. 110.
14. Heike Hartung, *The Limits of Development? Narratives of Growing Up/Growing Old in Narrative*, *Amerikastudien/American Studies*, Vol. 56, No. 1, Age Studies (2011), pp. 45-66.
15. Locatelli Massimo, *Lo sguardo del cineturista: cinematografia amatoriale e pratiche di consumo turistico*, Milano: Vita e Pensiero, Comunicazioni sociali. SET. DIC., 2005.
16. Mancini Michela, *I Social Network in letteratura e nelle arti: usi e costumi del terzo millennio*, Milano: Franco Angeli, Educational reflective practices : 1, 2013, pp. 33-34.

(wikipedia.com)

La novela de formación: algunos consejos de lectura

POR FABIO PINNA

Cuando se trata de una novela de formación, quizás alguien tenga ganas de bostezar, especialmente los estudiantes. En parte, por prejuicios, y, en parte, porque, francamente, muchas novelas pertenecientes a este género no son fáciles de leer. Seguir los caminos internos de los personajes requiere compromiso, comprender la filosofía e integrarse en los valores de los demás, aunque a menudo son personajes de ficción, no es algo automático.

Sin embargo, la novela de formación es un pilar de la novela moderna, ha sobrevivido firmemente durante mucho tiempo y es una solución que todavía se usa cuando se quiere hacer narrativa. Cualesquiera sean las formas que adopte la novela de formación (la novela histórica, social, la epistolar, aunque cada vez menos utilizada, la autobiográfica y otras pueden incluirse) los elementos típicos que la distinguen son básicamente los mismos que los de su éxito: el crecimiento del carácter hasta la madurez mental, el logro de una adecuada conciencia de uno mismo y de lo que le rodea, cosas absolutamente necesarias para la integración social y una existencia pacífica. Hablaba de libros difíciles porque esta interioridad se combate a menudo –no solo cuando los relatos se refieren a la adolescencia–, y las líneas tienen que soportar el peso de conflictos morales, éticos o simplemente de una vida "normal" difícil. *Pequeñas guerras en medio de encrucijadas. Un camino puede ser el final de alguna guerra.* Yo lo llamaría así.

En la novela de formación surge toda la profundidad humana: sentimientos, coraje, fracaso, victoria, perdón, tristeza, nobleza de alma. Solo por nombrar unos pocos. Enfrentar estos elementos, aunque sean absolutamente normales (y es al reflejarnos en ellos que amamos este género literario) requiere, por lo general, una comparación entre la introspección y el modelo que ofrece el personaje y el propio lector. Mirarse al espejo no siempre es inútil, a veces cambia tu vida. A veces los personajes de este tipo de literatura nos acompañan en la búsqueda, o más bien, *comparten con nosotros nuestra propia búsqueda de algo.*

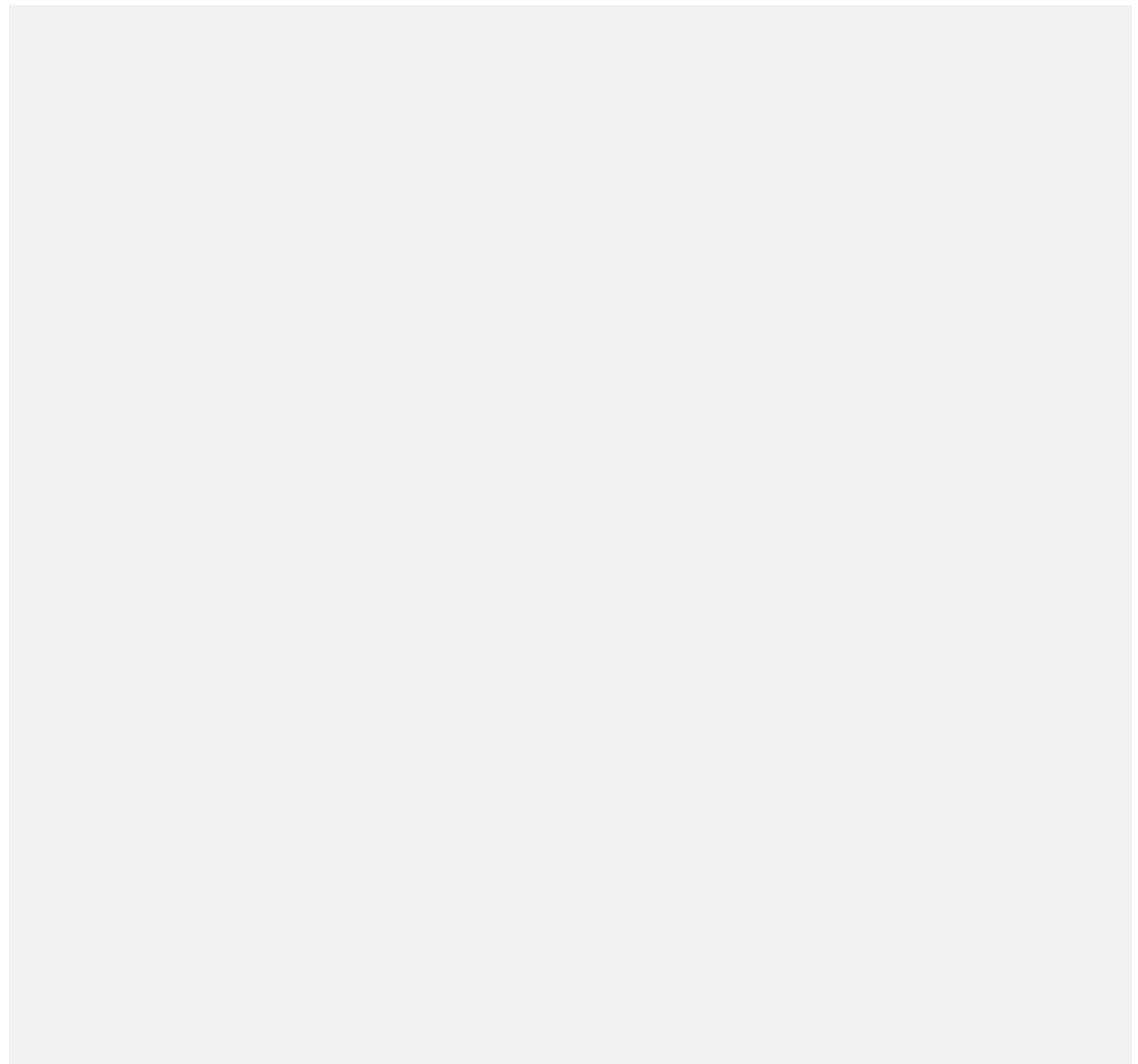
Probablemente, al menos en mi experiencia como lector, la mayoría de las novelas de formación pasadas y contemporáneas son casi completamente autobiográficas, solo están cubiertas con una capa de fantasía. Esto está motivado por los conflictos internos que mencioné anteriormente: ciertamente no es fácil asumir la responsabilidad (¿hay alguna razón?) de hacer públicos los conflictos y compartir rincones íntimos y vergonzosos del alma (al menos de acuerdo con los cánones de la sociedad). La novela de formación es un género necesario, no es casual que esté presente en todos los programas escolares. A veces se detiene allí, en la escuela. Pensé en escribir este artículo para repasar la idea: agreguemos algunas a nuestra lista ahora, porque todos estamos librando pequeñas guerras en medio de alguna intersección, un libro puede ayudarnos a encontrar la manera de terminar con algunas de ellas.

(leggereacolori.com)



LISTA DE LAS OBRAS Y SUS AUTORES

1. L'isola di Arturo (Elsa Morante) *El nacimiento*
2. Breve storia del mio silenzio (Giuseppe Lupo) *4 años*
3. Ragazzo Italiano (Gian Arturo Ferrari) *6 años*
4. Tana libera tutti (Walter Veltroni) *8 años*
5. Come un giovane uomo (Carlo Carabba) *10 años*
6. Io e te (Niccolò Ammaniti) *14 años*
7. La solitudine dei numeri primi (Paolo Giordano) *15 años*
8. Tu, mio (Erri De Luca) *16 años*
9. Giovanissimi (Alessio Forgione) *17 años*
10. La straniera (Claudia Durastanti) *18 años*
11. Va' dove ti porta il cuore (Susanna Tamaro) *21 años*
12. Resto qui (Marco Balzano) *23 años*
13. Città sommersa (Marta Barone) *30 años*
14. Addio Fantasmi (Nadia Terranova) *36 años*



L'isola di Arturo

Elsa Morante

1

nacimiento



LA AUTORA

Elsa Morante nace en Roma el 18 agosto de 1912. Al final de sus estudios universitarios deja su casa familiar para vivir por su cuenta; pero la falta de medios económicos la obliga a abandonar la facultad de Letras. En la década del '30 vive sola, manteniéndose con la redacción de tesis, dando clases privadas de italiano y latín, y también colaborando con revistas y diarios, entre los cuales se encuentra el "Corriere dei Piccoli". Entre 1939 y 1941, trabajará asiduamente para el semanario "Oggi". En 1936 conoce, por medio del pintor Capogrossi, a Alberto Moravia, con quien se casará en 1941. En ese mismo año también se publica su primer libro, *Il gioco segreto*, el cual

contiene una pequeña parte de la vasta producción narrativa destinada a los diarios; mientras que al año siguiente se publica el libro de cuentos *Le bellissime avventure di Caterì dalla trecciolina*, ilustrado por la misma Morante.

Con Moravia vive primero en Anacapri y luego en Roma, en un pequeño departamento en la calle Sgambati, donde en 1943 comienza a escribir su primera novela, *Menzogna e sortilegio*, de la cual interrumpe la redacción para seguir a su marido, sospechoso de antifascismo, a las montañas de Fondi, en Ciociaria. En el verano del 1944 regresa a Roma, mientras tanto, su complicada y difícil relación con Moravia alterna momentos de intensa comunicación con otros de desapego y malestar. En Elsa Morante, de hecho, la necesidad de autonomía contrasta con una fuerte exigencia de protección y de afecto. Del mismo modo, desea y rechaza la maternidad, a la que finalmente renuncia, a la vez que lamenta esa posibilidad perdida.

En 1948, luego de un primer viaje a Francia e Inglaterra, se publica *Menzogna e sortilegio*, con el cual gana el premio Viareggio. Al mejorar su situación económica, Moravia y Morante, se mudan a un ático en calle dell'Oca, el que pronto se convertirá en uno de los lugares más populares del mundo intelectual romano. A principios de la década de 1950, Morante mantiene un nuevo diario, el cual interrumpe abruptamente. Colabora con la Rai, viaja, escribe el cuento *Lo scialle andaluso* y trabaja en la redacción de su segunda novela, *L'isola di Arturo*, que se publica con un notable suceso en 1957, ganando el premio Strega. En 1974 se publica, también con un enorme éxito popular, aunque suscitando algunas polémicas y reservas, su tercera novela, *La storia*. En 1976 inicia la redacción de su última novela, *Aracoeli*, que completará y publicará recién en 1982, por padecer una fractura en el fémur en 1980. Luego de ser sometida a una intervención quirúrgica, transcurre sus últimos años de vida en cama, sin poder caminar. En abril de 1983 intenta quitarse la vida abriendo las llaves de gas, pero es salvada por su empleada doméstica. Luego de una nueva intervención quirúrgica, permanece internada en Roma, donde muere de un infarto el 25 de noviembre de 1985.

LA TRAMA

El libro cuenta la historia de un niño llamado Arturo que queda huérfano de su madre y que, desde pequeño, sufre la ausencia de su padre, quien se pasa la vida viajando con amigos sin interesarse por su hijo. Así, Arturo vive en triste soledad sin familiares ni amigos. La única persona que lo cuida en la infancia es Silvestro y, gracias a él, el niño recibe un poco de amor.

A lo largo de su infancia pasa pocos momentos con su padre, pero, sin embargo, muestra un gran cariño hacia él, considerándolo un héroe de sus cuentos de hadas. De niño sueña con ir de viaje a su lado y por eso trata por todos los medios de llamar su atención y



demostrarle su valía. Pero el padre, como ya se ha mencionado, es absolutamente indiferente a su hijo. Un día Arturo se entera de la llegada de su madrastra a la isla donde vive. Al principio, demuestra sus celos hacia su padre ya que la mujer lo aleja de él. Más tarde, sin embargo, durante la ausencia de su padre debido a sus viajes, el niño se da cuenta de que se ha enamorado de su nueva madre. Y así, con actitud juvenil, intenta por todos los medios mostrarse frente a su amada, pero al no ser correspondido y tras un beso robado, rompe definitivamente todas las relaciones con ella. Finalmente, un día encuentra a Silvestro en la isla, quien se había marchado años antes para seguir una carrera militar, y decide alistarse con él para la guerra, que está a punto de estallar. Así, en el barco que lo aleja de la isla de Procida, Arturo decide no mirar atrás para olvidar un pasado triste.

"Así, escéptico de mis juegos de valor infantil, siempre, desde el principio, esperé el último desafío, como provocador y rival de mí mismo ..."

Elsa Morante

EL TEXTO

Uno de mis primeros alardes había sido mi nombre. Pronto supe (fue él, me parece, el primero en informarme), que Arturo es una estrella: ¡la luz más rápida y radiante de la figura de Boote, en el cielo del norte! Y que, además, este nombre también fue el de un rey de la antigüedad, comandante de una multitud de fieles, los cuales eran todos héroes, como su rey, y tratados por él como iguales, como hermanos.

Desafortunadamente, más tarde supe que este famoso rey Arturo de Bretaña no era una historia verdadera, sino solo una leyenda; y por eso lo cambié por otros reyes más históricos (en mi opinión, las leyendas eran cosas infantiles). Sin embargo, otra razón fue, para mí, suficiente para darle un valor heráldico al nombre Arturo, esta es, que quien me dio este nombre ignorando, creo, los símbolos del título, fue, según sé, mi madre. Quien, en sí misma, no era más que una niña analfabeta; pero fue más que una soberana para mí.

En realidad, siempre he sabido poco, casi nada de ella ya que murió nada menos que a los dieciocho años, en el mismo momento en que nací yo, su hijo mayor. Y la única imagen de ella que he conocido fue un retrato en una postal. Figurilla descolorida, mediocre y casi larvaria; pero fantástica adoración de toda mi infancia.

El pobre fotógrafo ambulante, a quien le debemos esta única imagen, la retrató en los primeros meses de su embarazo. Su cuerpo, incluso entre los pliegues de su gran túnica, ya permite reconocer que está embarazada; y sostiene sus dos manitos entrelazadas al frente, como para esconderse, en una pose de timidez y pudor.

Se la ve muy seria, y en sus ojos negros se nota no solo la sumisión, que es habitual en casi todas las jóvenes y esposas de pueblo; sino también una interrogación atónita y levemente asustada. Como si, entre las ilusiones comunes de la maternidad, sospechara ya su destino de muerte e ignorancia eterna.

[...]

La muerte precoz de mi madre, quien partió a los dieciocho años, en su primer alumbramiento, ciertamente fue una confirmación, si no el origen, de una voz popular según la cual el odio del propietario difunto hizo que fuera fatal para siempre el ingreso y la permanencia de las mujeres en mi casa.

Mi padre apenas tenía una media sonrisa burlona ante esta fábula pueblerina, de modo que desde el principio yo también aprendí a considerarla con el debido desprecio, dada la supersticiosa mentira que era. Pero había adquirido tal autoridad en la isla que ninguna mujer accedió jamás a ser nuestra sirvienta.

Durante mi niñez, nos sirvió un joven napolitano, llamado Silvestro, quien tenía catorce o quince años en el momento en que entró en nuestra casa, poco antes de mi nacimiento. Regresó a Nápoles en el momento de su

servicio militar y fue reemplazado por uno de nuestros trabajadores, que venía solo un par de horas al día para cocinar. Nadie pensó en el desorden y la suciedad de nuestras habitaciones, que nos parecían tan naturales como la vegetación del jardín descuidado entre las paredes de la casa.

[...]

Así, todos los hechos que ocurrieron en esta casa antes de mi nacimiento me llegaron inciertos, como aventuras ocurridas a siglos de distancia. Ni siquiera he podido encontrar algún rótulo en la casa del breve pasaje de mi madre (exceptuando el famoso retrato que me había guardado Silvestro). Supe por el propio Silvestro que un día, cuando yo tenía unos dos meses y mi padre acababa de emprender un viaje, llegaron unos familiares de Massa, con apariencia de campesinos, que se llevaron, como si fuera su legítima herencia, todo lo que había pertenecido a mi madre: su ajuar, traído como dote, sus vestidos y hasta sus zuecos y su rosario de nácar.

Ciertamente, aprovecharon que no había ningún adulto en la casa para oponerse y, en algún punto, Silvestro temió que también me quisieran llevar. Entonces, poniendo un pretexto, corrió hacia su pieza, en la que me había dejado durmiendo sobre la cama, y me escondió rápidamente adentro de la caja de pasta de su ropa (la cual, al tener la tapa rota, permitía el paso del aire). A mi lado puso el chupete lleno de leche de cabra, para que, si despertaba, me callara y no diera señales de mi presencia. Pero no me desperté y permanecí en silencio durante toda la visita de los familiares, quienes, además, no se molestaron mucho en saber de mí.

Solo a punto de irse con su bulto de cosas, uno de ellos, más por conveniencia que por otra cosa, preguntó si estaba creciendo bien y dónde estaba, y Silvestro respondió que estaba creciendo bien. Se quedaron contentos con eso, regresaron a Massa y nunca más volvieron a aparecer.

Y así pasó mi infancia solitaria, en la casa negada a las mujeres.

LOS RECUERDOS

¿Quién eligió nuestro nombre al momento de nacer? ¿Sabemos qué significado tiene? ¿Hubo alguna circunstancia particular que de alguna manera lo definiera?

Breve storia del mio silenzio

Giuseppe Lupo

2

4 años



EL AUTOR

Giuseppe Lupo nace en Lucania (Atella, 1963) y vive en Lombardia, donde enseña literatura italiana contemporánea en la Universidad Católica de Milán y Brescia. Para la editorial Marsilio, luego del debut con *L'americano di Celenne* (2000; Premio Giuseppe Berto, Premio Mondello), publicó también *Ballo ad Agropinto* (2004), *La carovana Zanardelli* (2008), *L'ultima sposa di Palmira* (2011; Premio Selezione Campiello, Premio Vittorini), *Viaggiatori di nuvole* (2013; Premio Giuseppe Dessì), *Atlante immaginario* (2014), *L'albero di stanze* (2015; Premio Alassio-Centolibri) y *Gli anni del nostro incanto* (2017; Premio Viareggio Rèpaci). Es autor de numerosos ensayos y colabora en las páginas culturales del diario "Il Sole 24 Ore". *Breve storia del mio silenzio* fue seleccionada en la docena de semifinalistas del Premio Strega 2020.

LA TRAMA

La infancia, más que un tiempo, es un espacio. De hecho, de la infancia se sale y, si se tiene suerte, se vuelve. Así le sucede al protagonista de este libro: un niño que a los cuatro años pierde el uso del lenguaje, de un día para el otro, con el nacimiento de su hermana. Desde ese momento cambia su destino, las palabras se vuelven enemigas, aunque más adelante, con el correr de los años, se convertirán en los cimientos de su propia identidad. *Breve storia del mio silenzio* es la novela de una infancia vivida entre juguetes y máquinas de escribir, de una juventud marcada por las idas y vueltas al lugar de origen, siempre bajo la bandera de esa polémica relación entre rechazo y ganas de decir que acompaña la vida del protagonista. Natalia Ginzburg confesó que a menudo se proponía escribir un libro que contuviera su pasado, y de *Lessico familiare* decía: "Este es, en parte, aquel libro: pero solo en parte, porque la memoria es lábil, y porque los libros extraídos de la realidad a menudo son solo atisbos de lo que hemos visto y oído". De esta forma, Giuseppe Lupo —después de *Gli anni del nostro incanto* en la "invención de la verdad" de su propia historia entrelazada con la del boom económico y cultural italiano— cuenta, siempre irónico y cariñoso, de los padres maestros de escuela primaria y de un país abierto a poetas y artistas, de una Basilicata que pasa de rural a burguesa, de una Milán hecha de luces y libros, de una Italia que se aleja de los años sesenta y se encamina hacia el epílogo de un siglo XX dominado por la confusión mediática. Y, sobre todo, cuenta, con cariño y veracidad, cómo un trauma infantil puede convertirse en vocación y cómo las palabras han sido su hogar, incluso cuando no estaban.

"Tengo cuatro años". Así comienza la novela. Con gran refinamiento literario, en una prosa clara y fluida, Lupo escribe una autobiografía delicadamente fabulosa, perturbada por un silencio que es un trauma infantil de afasia, y luego, con el tiempo, una persistente trampa de un "mal de palabras" y de una "enemistad con el lenguaje". El libro es también una novela de formación: una educación a la escritura literaria, más allá del silencio, hacia el descubrimiento de la literatura como recurso de "olvido" en el que "las imágenes de la memoria, una vez fijadas con palabras, se anulan", como escribió Italo Calvino. La prosa es de una lentitud precisa y suave. Los tiempos de la narración avanzan y retroceden, para luego seguir adelante. Así la historia se estratifica en lo que el autor, más que edades, llama "eras", como si la vida fuera un palimpsesto geológico. El hilo de cada evento se retoma luego en otro tiempo que, retrocediendo, recoge ese hilo y lo teje. Lupo tiene el oído inquebrantable de un director para la oportunidad de las entradas y salidas de sus personajes, para la apertura y el cierre de cada episodio individual.



“Escribir es como moverse a través de un atlas.”

Giuseppe Lupo

EL TEXTO

Tengo cuatro años y veo a mi madre en lo alto de las escaleras, lustrando el candelabro de latón. Frota con el algodón empapado en Sidol, aunque lo hace con demasiada calma para ser la víspera de Navidad. Está atrasada con la limpieza, como siempre. Ese tiempo no se desperdicia. Mi padre deambula y no mueve un dedo. Mira, contempla, mide a ojo. En este desorden escucho decir: “Dentro de poco tendremos una hermanita.”

“¿Cuándo?”, pregunto.

Mi madre apoya el Sidol en el estante y con la mano indica cinco: enero, febrero, marzo, abril y mayo. “Todavía falta”, tranquiliza. Y vuelve a lustrar. “¿Y si viene y no nos encuentra?”

“Nos encontrará, nos encontrará.”

No recuerdo qué fue lo que sucedió entre el anuncio de la vigilia de Navidad y la calurosa noche de mayo en la que nació mi hermana. Solo sé que mis padres continuaron hablándome sobre eso. Decían que era yo quien le había pedido a Jesús: “Envíame pronto una compañía.” Y Jesús me había escuchado.

Yo esperaba y contaba: “¿Estamos en mayo?”

Al llegar mayo, estoy en lo de mis abuelos paternos. Vienen a llamarme y me llevan a casa, a la habitación de mis padres. Mi madre acaricia una maraña de tela blanca, quiere que me acueste, pero mis piernas son como trozos de madera. Cuanto más ella insiste, más deseo desaparecer. Sus brazos sujetan a otra criatura, el mundo ya no me pertenece. No digo nada. Me doy vuelta y escapo con mis abuelos: mi hermanita no llegó aquí, el mundo permanece intacto.

Mi abuela es la primera en alcanzarme. Intento hablar, pero la voz permanece sepultada. Me esfuerzo, respiro, reintento. No hay forma de sacarla al exterior. Mi abuela está asustada: las lágrimas le caen a ella, no a mí. Ese día, el día en el que Jesús escuchó mis plegarias, las palabras se vuelven enemigas y yo comienzo a probar su maldad, que es una especie de vorágine de la cual no se ve el fondo. La historia de mi silencio comienza así.

Nadie esperaba esta reacción. No volví a casa por una semana y mi padre, cuando venía a ver que estuviera bien, asumía un tono comprensivo: “Vamos, que tu hermanita te quiere ver.” Yo negaba con la cabeza. Ni siquiera él podía imaginar la enfermedad que sentía en la boca, el deseo de hablar y no poder hacerlo. Cuando volví a verla, mi madre fingió no darse cuenta. Yo estaba atento a dónde estaba mi hermana y ella la destapaba para mostrármela.

“¿No te parece hermosa?”

Me sentí como un adorno sin muebles. Solo hubiera querido hacerle una pregunta, pero quedó bajo tierra.

[...]

Las cajas de penicilina, despegadas y dobladas boca abajo, se convirtieron en un pasatiempo a la espera de que llegara la Navidad. Mi madre cuidó que las esquinas coincidieran, que los cortes en las puertas y ventanas no causaran desequilibrios en la estructura, que las tiras de cartón ondulado dieran el aspecto exacto a los techos y escaleras. Al final de un elaborado plan de construcción, las casitas estaban listas, con techos inclinados, barandillas y pórticos, un poco como las había pintado Giotto en la iglesia de Asís que ella había visitado durante su luna de miel. Pasar una mano de color fue la última de las tareas a las que se dedicó. Solo entonces comenzó la etapa más osada: acomodar montañas, ríos y puentes, fijar el cielo de papel azul a la pared, modelar la forma de las cuevas, todas operaciones destinadas al armado del pesebre.

Si en mi interior maduró una inclinación por las teorías de Wright y Pérsico, si aun comparto la idea de que el hombre avanza recto mientras que el burro lo hace en zigzag, como escribía Le Corbusier, es porque mi madre, construyendo pesebres, se esforzaba en modificar las arquitecturas del mundo que evidentemente no le atraían. Ella no lo sabía, pero cuando se puso a lustrar el candelabro con el algodón empapado en Sicol, también estaba cambiando mi vida.

“Unos meses más y Jesús envía una hermanita” dijo. La frase es la última que conservo de una felicidad en vilo. Mi destino estaba por cambiar, pero ninguno se daba cuenta. Al principio todo era un verbo: poemas, cuadernos, libros, pupitres, pizarrones y alumnos con ropas de papel crepé. Luego, se hizo el silencio.

LOS RECUERDOS

¿Qué hubiera querido preguntar a su madre nuestro protagonista? ¿Alguna vez se encontraron en una situación similar?

Ragazzo Italiano

Gian Arturo Ferrari

3

6 años



EL AUTOR

Gian Arturo Ferrari (1944) persiguió una doble vida durante un tiempo. Por un lado, la docencia universitaria, como profesor de Historia del pensamiento Científico en la Universidad de Pavía; por otro, una práctica editorial primero con Edgardo Macorini en Est Mondadori, luego durante una década como colaborador cercano de Paolo Boringhieri. Editor de la Saggistica Mondadori en 1984, director de Rizzoli Books en 1986, regresó a Mondadori en 1988. En 1989 finalmente eligió la publicación de libros como su única vida y renunció a la universidad. Director de Mondadori Books a principios de los noventa, fue director general de la división de Mondadori Books de 1997 a 2009. De 2010 a 2014 presidió el Centro de libros y lectura del Ministerio de Bienes y Actividades Culturales. De 2015 a 2018 fue vicepresidente de Mondadori Libri. Es columnista del Corriere della Sera, autor del libro *Libro* (Bollati Boringhieri, 2014). *Ragazzo italiano* es su primera novela.

LA TRAMA

Uno de los doce libros nominados al Premio Strega 2020 es la novela debut de Gian Arturo Ferrari. No un debut cualquiera: Ferrari es una cara conocida de la industria editorial italiana. La profundidad moral y cultural del escritor emerge claramente en *Ragazzo italiano*, su novela ambientada en el período de posguerra de Italia. Historia de un país que renace, enfocándose, entre otras cosas, en la educación y formación de sus alumnos más merecedores. Un mensaje para atesorar en estos tiempos.

Ninni, hijo de la posguerra

La infancia de Ninni, nacido en 1946, está marcada por los largos veranos pasados en los campos de Querciano, en Emilia, protegido y mimado por el cariño de su abuela materna. Católica, maestra de grado en el pueblo, última representante de un cultivo rural en declive lento y progresivo, la abuela orienta a Ninni hacia el amor por la lectura y el estudio con ternura y una feroz dedicación.

Los inviernos y los años escolares se alternan con el cómodo y bucólico paisaje de Emilia en Zanegrate, Lombardía, donde Ninni vive con su madre, su hermana menor Lella y su padre, un hombre sombrío, duro, dedicado al trabajo y al progreso. En Zanegrate primero, y luego en Milán, Ninni vive la crudeza de una vida incómoda, hecha de constantes sacrificios, poco dinero y algunos prejuicios. Será la escuela y en particular el encuentro con profesores de extraordinario valor los que le permitirán manifestarse y ver la posibilidad de un futuro lleno de promesas.

La escuela como único instrumento de rescate social

En un país en construcción, la fuente principal de la promoción social para Ninni, así como para muchos otros niños, es la escuela. El método riguroso, el ejercicio y el estudio vivido con sacrificio y abnegación se tornan el único instrumento posible de progreso social, su única posibilidad. Los capítulos dedicados al encuentro con los profesores más inspirados son emocionantes, motivadores, aunque no faltan las críticas a esa camarilla de intelectuales que, a menudo, disfrazan su naturaleza para perseguir los clichés de una época.



El maestro Poli decía *“aquí no nos interesa de dónde viene uno, si de una choza o de un palacio. En general nos interesa otra cosa: qué hay adentro de su cabeza. Eso es lo que nos interesa mejorar. Y, de todos modos, más que de dónde uno viene, nos interesa saber adónde uno va”*.

La posguerra italiana

En el marco de los acontecimientos familiares de Ninni se delinea la historia de la Italia de posguerra. Primero la pobreza, la dureza y la incertidumbre del futuro, luego el inesperado boom económico, con las mayores posibilidades de compra para las familias, pero también las claras desigualdades sociales que corren el riesgo de comprometer cualquier redención. Otra división está dictada por la afiliación política, una cuestión seria, imprescindible, que distingue partisanos de fascistas, demócratas cristianos y comunistas, e implica largas disertaciones, debates y luchas entre bandas de niños.

Con un estilo cristalino y elegante, Ferrari nos devuelve una imagen de nuestro país que aun vive en los recuerdos de muchos y que genera ternura y conmoción, tal vez con una pizca de velada nostalgia.

“Sin embargo, pensó mientras miraba a su pequeña clase, precisamente en esas noches y en esas brumas, en esa Europa atroz y desesperada, ellos habían venido al mundo. Hijos de la guerra, no había duda. Pero como en las películas inglesas preferidas de mamá, también hijos de amores que habían sido grandes, incoercibles”.

Gian Arturo Ferrari

EL TEXTO

Llegó el otoño en el que Ninni tuvo que empezar la escuela. En Zanegrate, desafortunadamente. En la entrada, su madre no se decidía a irse, seguía sosteniendo su mano. Por un lado, sentía un poco de vergüenza de que lo trataran así cuando era niño, por el otro, estaba muy atento a no soltarla. Cuando llegaron, no le causó una buena impresión esa cueva en mal estado casi en penumbra con una pequeña luz gris y con toda esa gente que hablaba en voz alta. Tanto él como su mamá pensaron que habría algún cartel, alguna persona o algo que les indicara adónde debían dirigirse. Era el primer día de escuela y no eran prácticos. En cambio, nada, no había nada y no entendía nada, ni siquiera quién era ni dónde estaba la maestra de primero.

Entonces la mamá empezó a preguntar, pero, o no le respondían, o la miraban de reojo. Tal vez por su acento bien abierto, que la delataba como no local, no de Zanegrate. Aunque ahora había que apurarse porque la entrada se estaba vaciando. Afortunadamente, un alma piadosa señaló a su madre a la maestra adecuada, Colombani, a quien había tomado por bedel porque hablaba dialecto. Su aspecto era como el de dos bolas, una grande y una pequeña. Ambas brillantes. La grande, gracias a un delantal negro de satén que la cubría completamente, la pequeña —que era la cabeza— por el cabello grasoso, también negro, que terminaba en una bolita aún más pequeña que era el rodete. En conjunto parecía Tordella, la esposa del capitán Cocoricò y madre de Bibì y Bibò del “Corriere dei Piccoli”. “E ches’chì?”, ¿Y este quién es? dijo señalando a Ninni, “Ndu el ven?” ¿De dónde viene?, con la cordialidad de un coccodrilo. La madre, de inmediato, se presentó, la maestra Colombani hizo una marca en una hoja blanca, miró a Ninni y dijo “¡Fuera!”, señalando el cuello blanco en la blusa negra. La escuela había comunicado a la madre que todos los niños debían llevar una blusa negra para no ensuciarse con la tinta, decían. Por iniciativa propia la madre había agregado el sobrecuello blanco, tal vez porque lo había visto en alguna revista o porque le parecía que quedaba mejor, para darle más vida. “Es justo ahí donde más se ensucia”, con un tono burlón, como hablando a quien no puede entender algo obvio. Antes de irse, la madre quiso decirle algo a la maestra, pero esta no le prestó atención. Se encaminó hacia un pasillo gris, con un aire gris, llevando tras de sí la fila de niños mientras gritaba algo a una colega.

En clase, Ninni se ubicó en el cuarto banco del tercer “barrio”, como entendió que se llamaban las filas de los bancos; el primer “barrio” era el que estaba más cerca de la puerta, el segundo, adelante de la maestra y el tercero en la otra punta. No estaba tan acostumbrado a estar con los otros niños, al menos no en Zanagrate, en Querciano todo era diferente. No lo habían mandado a la guardería porque, además del verano, también pasaba una buena parte del invierno en Querciano para que la madre pudiera ocuparse de su hermana. Entonces, era la primera vez que se encontraba solo en medio de tantos otros niños que no conocía. Se sumaba también lo que la madre quiso decirle a la maestra y no pudo. En conclusión, se mantenía prudentemente callado. Aunque observaba e intentaba entender. La maestra Colombani hablaba de manera familiar, en dialecto, con un grupo de niños. Los llamaba por su nombre, se veía que los conocía de niños; los puso en el primer barrio. Otro grupito, más pequeño, fue ubicado en el segundo, justo delante de su escritorio, o sea, de ella. Luego en voz alta: “Aquellos que tienen la vianda ubíquense en el fondo, en el quinto y en el sexto banco”. La vianda –le explicó Agnesina, su compañera de banco que, aunque era su primer día ya sabía todo– significaba que no iban a su casa a comer, se quedaban en la escuela porque eran pobres. Sus madres trabajaban en las fábricas. En cambio, aquellos que estaban en los bancos frente a la maestra eran los hijos de los industriales, o sea, de los dueños de las fábricas. Pero los industriales más importantes, agregó Agnesina, no mandaban a sus hijos ahí, a la escuela pública, los mandaban con los jesuitas. Una vez distribuidas las ubicaciones, se pusieron todos de pie y la maestra hizo recitar la oración. Eran las mismas de siempre, que se decían también en casa, excepto una que Ninni no conocía, aunque movía los labios igual, sin ningún sonido, para no parecer diferente al resto. Luego la maestra empezó a enseñar cómo debían colocarse las manos, porque no estaba permitido –dijo– que cada uno las tuviera como le parecía. Manos en primera significaba las manos apoyadas sobre el banco con las palmas hacia abajo y los brazos derechos, uno aquí y el otro allí. Listos para agarrar la lapicera. Las manos en segunda siempre estaban apoyadas sobre el banco, pero con los dedos entrelazados. Las más importantes, sin embargo, eran las manos en tercera, que significaba manos atrás de la espalda, una sobre otra. Con las manos en tercera nadie se movía más y la clase permanecía completamente inmóvil, en orden, con sus bellas blusas negras todas iguales. Hicieron varios ejercicios hasta que el cambio de “¡Manos en segunda!” a “¡Manos en tercera!” resultó ágil, casi instantáneo. Así siguieron hasta que sonó el timbre. Fin del primer día de escuela.

LOS RECUERDOS

¿Qué recordamos de nuestro primer día de escuela?

Tana libera tutti

Walter Veltroni

4

8 años



EL AUTOR

Walter Veltroni nace en Roma el 3 de julio de 1955. Tiene solo un año cuando pierde a su padre Vittorio, periodista de radio y televisión de la Rai de los años cincuenta.

Siguiendo los pasos de la carrera de su padre, luego de los estudios universitarios se convierte en periodista profesional. La carrera política de Walter comienza cuando se inscribe en la Federación Juvenil Comunista Italiana (FGCI por sus siglas en italiano).

En 1976 es elegido concejal en el municipio de Roma, permaneciendo en ese cargo por cinco años. Es elegido en el parlamento por primera vez en 1987. Los resultados obtenidos en su cargo en el Ministerio del Patrimonio Cultural son reconocidos también en el exterior: en mayo de 2000 Francia lo condecora con la Legión de Honor.

En 2001 su nombre es elegido por el centro izquierda como candidato a alcalde de Roma en respuesta a Antonio Tajani, candidato de Forza Italia. Veltroni es elegido con el 53% de los votos.

Aunque no creyente (ha hecho declaraciones como: "Creo que no creo"), Veltroni fue el autor de una iniciativa que veía la difusión del Evangelio como suplemento del periódico de izquierda "L'Unità": por primera vez el diario que estuvo bajo el liderazgo de Antonio Gramsci apoyó la difusión de un texto sagrado. Como alcalde de Roma, también otorgó la ciudadanía honoraria al Papa Juan Pablo II.

En las siguientes elecciones de Roma (a fines de mayo de 2006) fue reelecto alcalde de la capital con el 61,45%: se trata del resultado electoral más amplio de la historia de Roma.

Coleccionista apasionado de Los Beatles, entre sus intereses se encuentran el básquet (en noviembre de 2006 fue nombrado presidente honorario de la Liga de Básquet) y el cine: fue muy importante su contribución como alcalde a la primera edición de la "Fiesta Internacional de Roma" (2006), festival cinematográfico de la capital.

En el 2014 filma el documental *Quando c'era Berlinguer*. En 2015 sale su segundo documental *I bambini sanno*, en el cual narra nuestro tiempo a través de las voces de treinta y nueve niños, preguntándoles sobre la vida, el amor, sus pasiones, la relación con Dios, la crisis, la familia y la homosexualidad. En el mismo año escribe la novela *Ciao* (Rizzoli) en la cual dialoga idealmente con el padre (fallecido prematuramente en 1956, cuando Walter tenía solo un año): del dolor por la larga ausencia surge un retrato vívido y apasionado. Dos años más tarde realiza su tercera película, *Indizi di felicità*.

LA TRAMA

Sami Modiano tiene solo ocho años cuando es expulsado de la escuela. Vive en Rodas, en esa época territorio italiano, donde frecuenta la escuela primaria, la cual adora. El maestro no lo motiva, solo le dice que vaya a su casa que su padre le explicará todo. Desde ese día, Sami deja de ser un niño para convertirse en un judío. Con su padre y sus hermanas vive con dificultad las restricciones de las leyes raciales, que llegaron a la isla sin previo aviso, hasta la redada de toda la comunidad judía que se produjo por engaño el 23 de julio de 1944. Sami y su familia fueron llevados en un barco mercantil hasta Atenas y de allí en un tren. Un mes de viaje en condiciones infrahumanas hasta el campo de concentración nazi de Auschwitz-



Birkenau. En muy poco tiempo pierde lo más preciado que tiene en el mundo: su padre y su hermana Lucia, con quien había permanecido en contacto intercambiando trozos de pan de su propia ración diaria. En dos ocasiones es seleccionado por los médicos del campo y se salva milagrosamente, como también sobrevive a la marcha final y a la fuga de los nazis del campo con los prisioneros porque es dado por muerto. En la casa donde encuentra refugio y es recogido por los soviéticos el 27 de enero de 1945 conoce a Primo Levi y a Piero Terracina. De toda la comunidad judía de Rodas, él fue una de las veinticinco personas que lograron sobrevivir. En 2005 encontró la fuerza para volver a Auschwitz, acompañado por una clase de jóvenes y por el entonces alcalde de Roma Walter Veltroni y se convirtió en testigo de la Shoah. Su historia llega al público masivo en 2018 gracias al documental *Tutto davanti a questi occhi* realizado por el mismo Veltroni.

“Me olvidé de decirles una cosa: soy un niño judío. Aunque esto ni siquiera merece ser mencionado. Todos los niños del mundo, todas las personas del mundo, deberíamos haberlo aprendido, merecen nuestro respeto y nuestro amor. Pero entonces, ser judío significaba algo...”

Walter Veltroni

EL TEXTO

Me llamo Samuel, pero todos me llaman Sami. Entonces me llamo Sami. Hace algunos días cumplí catorce años y estoy por tirarme al mar. En el mar más bello que he visto en mi vida. Es azul, transparente, parece que me estuviera esperando. Estoy de pie sobre el borde del barco y estoy por volar hacia abajo, hacia el agua fresca y clara. (...) La ciudad donde nací se llama Rodas. Está en una isla.

Mi infancia fue la infancia más feliz que se pueda imaginar. Fueron los años más hermosos de mi vida. Podías entrar en cualquier casa y eras bienvenido. Había ricos y había pobres, pero un rico no se sentaba a la mesa si sobre la mesa del pobre no estaba la misma comida que había en la suya. En Rodas nos sentíamos todos hermanos.

Yo, Sami, era el más pequeño de mi familia. Les muestro una foto, así pueden reconocernos. Ella es mi madre Diana, él es papá Jakob y la niña que me agarra la mano, algo que nunca dejará de hacer, es mi hermana Lucía, que nació tres años antes que yo. Ella es de 1927, yo de 1930. Ese pequeño con el ceño fruncido soy yo. Tendría unos cinco años. Éramos una familia feliz, ¡y cómo!

Mi madre tenía once hermanos. En ese entonces se tenían muchos hijos, aunque muchos no sobrevivían. De la familia de mi mamá quedaron solo siete, cinco murieron de pequeños. Mi abuelo paterno se había ido a América a buscar fortuna y mi papá estaba con él. Su familia se había diseminado por el mundo, como sucede hoy. Cuando no hay trabajo, no hay para alimentar a la familia ni a sí mismo, no queda más que irse lejos. Así las familias se alejaban. Algunos fueron a otros países europeos, otros a ciudades de Estados Unidos que estaban a miles de kilómetros unas de otras. Se escribían, confiando las cartas a los barcos que atravesaban los océanos y llegaban luego de semanas o meses. Eran cartas sencillas, quizás acompañadas de fotografías de miembros de la familia en sus nuevos hogares o jardines, o también en su lugar de trabajo, tienda, fábrica u oficina.

[...]

Nosotros los niños en Rodas jugamos siempre en la calle. Y nos gusta mucho hacerlo en el Mandracchio, que es un espacio delante de un espejo de agua donde hay unos pequeños barcos. Un lugar encantador, como todo Rodas. En el centro hay uno en el que se presentan las orquestas italianas. Allí las personas se encuentran y, en los días festivos, las jóvenes judías vienen a pasear. Son hermosas con sus vestidos de colores. También está el

quiosco de periódicos italianos. Cuando llegan en hidroavión, se forman colas. Hay quienes compran la "Settimana Enigmistica". Nosotros los jóvenes, en cambio, hacemos cola cuando sabemos que llega "Mickey Mouse".

Pero el momento más emocionante es cuando nos subimos al carruaje. Algunos de nuestros amigos, de hecho, tienen caballos y pequeñas cabinas que utilizan para transportar a las personas en las callecitas de la vieja Rodas. Si tienes una moneda te hacen montar cuando llegan a Giudria, el corazón del barrio judío. Luego te llevan al jardín de un turco que parece salido de un cuento: es todo amarillo, lleno de limones maravillosos. Entonces bajamos, trepamos a los árboles y recogemos decenas de ellos. Y cuando regresamos a casa es siempre una fiesta. Sí, porque hay que pensar qué tiempos son esos.

[...]

En Rodas los hombres salen de su casa antes del amanecer y se embarcan. Tienen que regresar con una buena carga de pescado. Mientras tanto, las mujeres cuidan a sus hijos y bordan. Todas aquí saben cómo usar la aguja y el hilo muy bien y crear diseños maravillosos en la tela. También mi mamá era muy buena. Ella siempre estaba llena de preocupaciones por Lucia y por mí. Sin embargo, desde que nació ella ya no estuvo bien. Tenía problemas en el corazón. Problemas que fueron aumentando. Tres años atrás, cuando yo tenía once años, papá y Lucia me mandaron a llamar con urgencia a los dos médicos que la curaban, el doctor Tiliacos y el doctor Triandafilis. No era la primera vez que sucedía. Salí de casa y corrí a una velocidad vertiginosa, sentía la responsabilidad de apresurarme, de no perder tiempo. Pero aquella tarde tenía que correr veloz como la luz. Mamá había empeorado. Vi a los médicos junto a su cama moviendo la cabeza. Su enfermedad, que se agravaba progresivamente, marcó los primeros años de mi vida. Sabía que mi mamá era frágil como las alas de una mariposa. Y veía crecer la ansiedad y la preocupación a mi alrededor.

Luego, esa noche, ella se fue para siempre. Ahora, mientras me estoy sumergiendo, imagino si hubiera estado con nosotros en este viaje. Y me sorprende al pensar que, en el fondo, fue mejor así. Es un pensamiento contra el que me rebelo, pero del que no puedo deshacerme. Quizás por eso también, mirando el mar azul, tengo ganas de llenarlo de lágrimas.

[...]

En casa, con la muerte de mamá, se creó un vacío. Las madres, las mujeres en general, son las que tejen la trama que une a una familia. Es un tejido hecho de un material particular, una mezcla de inteligencia, sensibilidad, dulzura, autoridad, persuasión, sentido de la justicia. Solo las mujeres tienen eso adentro. Nosotros, los hombres, tenemos otras cosas, pero no todas esas. No todas juntas. Cuando mamá se fue, con su corazón roto, las tías y la abuela terminaron por agrandar nuestra familia, buscando compensar, a través de su amor por nosotros tres, la ausencia de una figura tan importante como la de ella. Fueron generosas y cuidadosas y nos ayudaron mucho. Papá también sufrió mucho y entendí que se había roto el equilibrio. Pero esto lo volvió aun más presente, aun más afectuoso. Se esforzaba por darnos esos pequeños cuidados que mamá nos garantizaba. Entre ellos estaban también las caricias, una dulzura con la cual él no había sido educado por su padre, que no se usaba en las familias patriarcales de un tiempo.

Pero puedo decir que para mí la figura fundamental es la de mi hermana Lucia. Tiene solo tres años más que yo, ella también es una niña. Sin embargo, desde que mamá nos dejó, ella se volvió más grande, como si la vida la hubiera obligado a dar un paso adelante. Como en las trincheras, en las batallas, cuando alguien cae frente a ti. Lucía entendió que su rol, sobre todo en lo que a mí respecta, había cambiado. No digo que se comporta como una segunda madre, pero casi. Me indica, me enseña las reglas y comportamientos, me hace entender cuando me equivoco. Todo con la dulzura de una hermana, un poco cómplice, un poco guía. Ella es mi punto de referencia. Es ella quien me espera a la noche cuando vuelvo mojado por el chapuzón en las aguas cristalinas o polvoriento por una carrera con amigos o por el fútbol, jugado con una pelota de tela. Es ella quien me protege y me regala el último saludo antes de dormir. Lucía incluso aprendió a cocinar como mamá. En esa continuidad del ritual de la comida siento un gran consuelo, la sensación de que no todo está perdido.

Somos jóvenes, no dejamos de serlo, compartimos juegos y sueños. Pero ella subió un escalón. Un escalón hecho de agua, invisible. Algo que le permite ayudarme a crecer sin hacerme sentir que nos estamos alejando del rol maravilloso que la naturaleza nos ha asignado. Ser hermanos.

Saber que ella está aquí, conmigo, me rompe el corazón. Y a la vez me reconforta, no lograría nunca separarme de ella. La sangre nos une, la mano que nuestro padre ha sostenido sobre nuestras cabezas estos días, el recuerdo de nuestra madre, el deseo de regresar a la isla de las rosas, a casa, a nuestras camas, a nuestra cotidianeidad hecha de cosas simples y a nuestros juegos, a nuestros roles naturales.

LOS RECUERDOS

¿Qué juegos recuerdan de su infancia? ¿Y de la relación con sus hermanos y/o hermanas?

Come un giovane uomo

Carlo Carabba

5

10 años



EL AUTOR

Carlo Carabba nace en Roma en 1980. Actualmente es el responsable editorial de las secciones Narrativa y No-ficción italiana de la editorial Harper Collins, luego de haber ocupado el cargo de responsable de la Narrativa italiana para Mondadori.

Licenciado en Historia de la Filosofía Moderna, apasionado por *wrestling*, colaboró con varios medios de comunicación, incluyendo el diario “Il Riformista” y el semanario “Il Venerdì” del periódico “La Repubblica” y ha sido redactor jefe de redacción de la revista literaria “Nuovi Argomenti”.

Hizo su debut en 2008 con la colección poética *Gli anni della pioggia* (Premio Mondello para la Opera Prima), a la que siguió *Canti dell'abbandono* (Premio Giosuè Carducci y Premio Palmi 2011).

Hermano menor del escritor Enzo Fileno Carabba, comenzó a escribir en prosa el 1 de marzo de 2018 con el memoir *Come un giovane uomo*, que tuvo una acogida crítica notable y fue incluido en la lista de los doce semi finalistas del Premio Strega.

LA TRAMA

Carlo Carabba es un poeta, *Come un giovane uomo*, en cambio, es una novela, supuestamente autobiográfica, una autoficción, como se suele decir. Una búsqueda introspectiva muy compleja, profunda, que va a ahondar en la infancia, en la juventud y finalmente en el presente del hombre joven, en mí, narrador de la historia. El tema del tiempo trenzado con el de la memoria parece ser el dintel de la narración, a partir de los exergos, tomados de Proust, de Carlo Levi y de un verso de una canción de Cat Stevens.

Este es el comienzo de la novela: “podría haber dicho que nieva en Roma”, pero Carlo Carabba busca siempre la palabra adecuada, la expresión rítmica, el sonido: opciones formales que tienen que ver con la poesía, y esto sucede en todas las páginas del libro, redundantes de figuras retóricas, empezando por la más usada, la similitud, que ya aparece en el título con la locución “come”.

No hay trama en el libro, excepto la coincidencia que hace que la mejor amiga del narrador, la joven Mascia, es víctima de un accidente de tráfico provocado por un anciano que conduce, ella entra en coma y pocos días después muere sin despertar. Después de la autopsia, el funeral se celebrará en las mismas horas en que él, amigo del alma, se ve obligado por las circunstancias a ir a Milán donde firmará su primer verdadero contrato de trabajo. Toda la narración gira en torno a la psicología, a los sentimientos de culpa, en busca de una identidad, de una razón que explique los hechos de la vida, el amor, la amistad, el desapego, la enfermedad, la muerte de las personas más queridas. En medio del grupo de amigos, solidarios alrededor de Mascia y de su atroz suerte, el narrador no logra estar presente, quizás no quiere afrontar la enormidad de lo que ha sucedido, se define, reflexiona, se examina, se condena, se absuelve.

Las figuras de la madre, del padre que vive en Florencia con una nueva familia, de la abuela, son construidas con gran carga emocional. Pero el libro está lleno de divagaciones, de notaciones, de largas digresiones a las que el escritor se abandona, como si lo necesitara para explicar la actitud que lo lleva a un sufrimiento de



quien "desarrolla la tendencia a arruinar la vida no logrando seleccionar las actividades a las que dedicarse y aquellas de las que sería más sabio abstenerse, negándose a trazar una jerarquía de prioridades por miedo a perder una oportunidad irrepetible".

Un libro difícil, lleno de sufrimiento interior, de deseo de confrontarse con los demás, encontrándose siempre con la dificultad de estar presente, física y emocionalmente, en busca de una sintonía que le parece extraña. Una novela de entrenamiento, un intento por entrar en la edad adulta dejando atrás el pasado que nunca pasa, usando las armas del intelectual, las palabras poéticas, que mejor que nadie saben contar los baches del crecimiento, los enfrentamientos con los adultos, la aceptación de la dureza de la realidad. Entre los agradecimientos que Carlo Carabba pone al final del libro, emerge el de su psicoanalista, en cuyo regazo se ha sentado durante ocho años: un trabajo sobre sí realmente profundo, que emerge con fuerza en las páginas de su novela inicial.

"Ya no sabía cuánto los recuerdos que afluían correspondían a una realidad originaria y objetiva y cuánto había sido introducido por la intervención involuntaria de mi fantasía..."

Carlo Carabba

EL TEXTO

En los años que siguieron a la gran nevada, que nunca se había repetido, mi vida estuvo compuesta casi sólo de dos trayectorias que se enfrentaban en los lados opuestos de una sola recta, en el centro de la cual las separaba el edificio donde mi madre y yo nos habíamos mudado, cruzando la ciudad, justo antes de que yo cumpliera tres años. Había decidido volver al barrio burgués donde había crecido, no lejos de la calle donde, adolescente, vivía con mi abuela – que desde allí nunca se había ido y cuya ayuda le era indispensable ahora que tenía que criarme sin la ayuda de un padre – y, saldar una hipoteca de veinte años, comprar el apartamento que íbamos a compartir hasta que, después de la graduación, lo abandonaría, el lugar que siempre, de manera instintiva, involuntaria e inevitable, mi imaginación evocaría, proyectando en la pantalla del pensamiento, la encarnación de lo que para mí es una casa.

El primer trayecto lo recorría casi todo el año y desde la puerta de madera del edificio me llevaba a las puertas de mi escuela primaria. Aprendí a leer muy temprano. Recuerdo que justo antes de cumplir los tres años, me encantaba jugar con una de mis niñeras con uno de esos alfabetos donde cada letra está asociada a un objeto o a un animal, una abeja, un buey, una casa, y que muchos años más tarde encontraría en un thriller en el que un asesino en serie disléxico piensa que, dejando en el cuerpo de sus víctimas cada uno de los objetos del alfabeto ilustrado en el que no había podido aprender la lectura (un asesinato por cada letra), se recuperará y comenzará a leer sin problemas.

A aquel primer alfabeto le siguieron libros verdaderos, las aventuras de los personajes de Disney publicadas por Mondadori o *I libri dei perché*, unos folletos pequeños y amarillos que explicaban el funcionamiento del ciclo de las estaciones, la formación del petróleo en el subsuelo, la fotosíntesis de la clorofila y con la que, primero en compañía de mi madre, mi abuela o una de mis niñeras, luego por mi cuenta, ocupaba el tiempo que, al volver de la guardería, pasaba solo en casa. Así, sin méritos ni esfuerzos particulares mi nivel de educación al comienzo de la escuela primaria era mucho más alto que el de mis compañeros, y me alegré al verlos atribuir cualidades extrañas y fabulosas a mis habilidades de aprendizaje que eran sólo el resultado de la educación recibida.

Sin duda era el mejor de mi clase. Sólo en tercer y cuarto grado mi primacía fue amenazada por una niña colombiana adoptada por una pareja de padres que me parecían ancianos, austeros y severos - parecidos a los personajes de las novelas de Dickens o de algún otro autor victoriano (*Incompreso, Papà Gambalunga*) cuyas ediciones ilustradas me gustaban tanto en aquel momento – que luego le ordenaron a ella y a su hermano gemelo, inscrito en otra sección de la escuela, saltarse el quinto grado (una vez criados mis compañeros de primaria me

dijeron que su hermano había tenido muchos problemas, había comenzado a drogarse, a robar, pero nunca supe si era verdad, ni qué había hecho mi rival de aquella época).

Sin embargo, mis compañeros de clase no me querían. Mi excelente rendimiento se equilibraba visiblemente con una inadaptación a la vida que siempre me dejaba al margen de las prácticas a las que instintivamente se dedicaban, de los gustos que naturalmente y de manera homogénea poseían y que yo debía obtener por medio de laboriosas cadenas inductivas. Era evidente que, así como yo estaba adelantado con respecto a los programas del ministerio, ellos lo estaban, respecto a mí, en la comprensión instintiva de las dinámicas de los juegos y de las relaciones que comenzaban a conectarnos unos con otros; es por eso que, excepto en los momentos, por lo demás bastante raros, en las preguntas y en las evaluaciones, la mirada que me dirigían no estaba manchada por la envidia, sino más bien por una sincera admiración, simétrica a la que yo sentía por ellos que me parecían capaces, simpáticos, maravillosos. Sentía que, aunque no podía esperar llegar a ser realmente como ellos, para parecerlo y obtener su amor estaba dispuesto, excepto para sacrificar las habilidades que ellos pensaban que tenía (de las cuales estaba orgulloso y celoso), al menos a esconderlas, a hacerlas invisibles a simple vista.

Me moría de ganas de que me dieran su amor, hasta el punto que, las amenazas que, en aquellos años, podrían haberme dirigido padres, educadores u otros niños, ninguna tenía el poder de aterrorizarme tanto como la que me dirigía Mario, que habría sido mi compañero de clase durante once años, hasta que me rechazó: “Ya no soy tu amigo”, cinco palabras en grado de precipitarme en un abismo de dolor y soledad. Para evitar que fueran pronunciadas, después de clases le ofrecía espontáneamente a él y a mis compañeros el cuaderno en el que, en pocos minutos y casi divirtiéndome, había hecho los deberes que la maestra nos había dado por la mañana, para que pudieran copiarlos y así, cuando todos hubiéramos terminado, nos dejaran jugar en el patio. Cuando el permiso llegaba y bajaba las escaleras a su lado estaba feliz porque el precio de su afecto era un bien que producía yo mismo, no podía quedarme sin ello y no me costaba trabajo (aunque, años después, cuando algunos de ellos fracasaron en la secundaria, pensé que yo era responsable de ese fracaso escolar y que ese don que en aquella época me parecía no desinteresado sino inocente era, en realidad, culpable y manipulador).

LOS RECUERDOS

¿Qué libros acompañaron nuestra infancia? ¿Qué recuerdo tenemos de nuestros amigos de la escuela primaria?



EL AUTOR

Niccolò Ammaniti nacido en Roma el 25 de septiembre de 1966, es uno de los autores italianos de mayor éxito.

Emprende los estudios universitarios en Ciencias biológicas sin completarlos, publica su primera novela en 1994, *Branchie* con el editor Ediesse. Algunos años después la novela es adquirida por Einaudi y paralelamente comienza su ascenso dentro del panorama editorial nacional.

La notoriedad absoluta llega en 2001 con la publicación de la novela *Io non ho paura*, en 2003 el libro fue adaptado en la película realizada por Gabriele Salvatores. En 2007 gana el Premio Strega por *Come Dio Comanda*, editado por Mondadori.

Sus novelas se traducen en varios idiomas y muchos se han convertido en películas muy apreciadas por la crítica y el público.

De hecho, es autor de novelas y cuentos traducidos en más de 44 países: *Fango* (1996), *Ti prendo e ti porto via* (1999), *Io non ho paura* (2001, Premio Viareggio), *Come Dio Comanda* (2006, Premio Strega), *Che la festa cominci* (2009), *Io e te* (2010), *Sono* (2012) y *Anna* (2015).

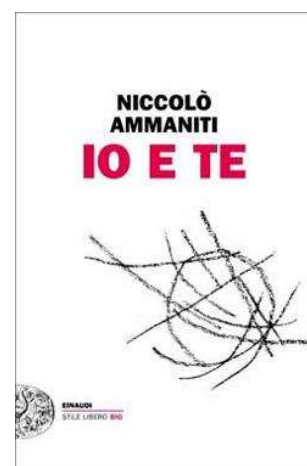
Inspiradas en sus libros se han realizado cinco películas: *L'ultimo capodanno* (por Marco Risi, 1998); *Branchie* (por Francesco Ranieri Martinotti, 1999); *Io non ho paura* y *Come Dio comanda* (ambos dirigidos por Gabriele Salvatores, 2003 e 2008); *Io e te* (por Bernardo Bertolucci, 2012).

Es autor y director del docu-film *The Good Life* (2014). En 2018 se emite *Il miracolo*, una serie de televisión original SKY de la que es showrunner, coautor y codirector.

LA TRAMA

Roma, 2000. El protagonista de la historia es Lorenzo, un chico de 14 años muy introvertido que desde pequeño ha tenido problemas para socializar con los otros niños. La madre, preocupada por su comportamiento anormal, lo obliga a ir a ver un psicólogo, que le diagnostica un trastorno narcisista de la personalidad. Según el psicólogo, Lorenzo se siente superior a los demás y no quiere mezclarse con la masa; las únicas personas dignas de su afecto son su padre, su madre y su abuela.

Al crecer, Lorenzo aprende a mimetizarse para parecer normal. Un día escucha a un grupo de chicos charlando que están organizando unas vacaciones invernales en Cortina d'Ampezzo, lamentando no haber sido invitado. Al llegar a casa, le miente a su madre diciéndole que fue invitado, por un grupo de amigos suyos, a pasar una semana en la nieve. La mujer se encierra en el baño para no ser vista por Lorenzo y empieza a llorar de alegría, pero el chico se da cuenta. En los días siguientes, su madre estaba tan emocionada por la excursión que Lorenzo no logra confesarle que le mintió. Por fin el día de la salida llega y el chico, vestido para ir a la montaña con su traje y sus pantalones de gimnasia, se deja acompañar por la madre hasta algunas calles antes del lugar donde se encontraría con sus amigos. Bajando del coche llega al



lugar y observa a sus compañeros salir hacia Cortina. Lorenzo empieza a vagar por Roma y, poco después, recibe una llamada de su madre, que quiere agradecerle a la madre de Alessia, la chica que había organizado el viaje. El joven, aterrado, inventa una excusa e investiga si la casa está vacía, así que, siendo cuidadoso con el conserje del edificio, logra escabullirse en el sótano.

Allí, Lorenzo encuentra latas de comida y bebida, además de libros para leer, cómics y su PlayStation. Con varias disculpas y trucos puede manejar a la madre en el teléfono, pero después de unas horas de permanencia recibe una llamada inesperada de su hermanastra, Olivia, hija de su padre de un matrimonio anterior y nueve años mayor, que había visto muy pocas veces en la infancia, y que casi no conocía. Olivia pregunta si su casa en ese momento está libre. Poco después, Olivia se dirige al sótano para buscar una caja en la que había escondido dinero que ya no está. Luego de haber encontrado a su hermano Lorenzo, Olivia empieza a sentirse mal, víctima de una abstinencia de heroína, por lo que Lorenzo decide, a pesar de todo, que se quede a pasar la noche. Rápidamente, la joven le pide somníferos para dormir, que Lorenzo toma del bolso de su abuela, hospitalizada moribunda.

De regreso al sótano, encuentra a Olivia casi muerta en el suelo y la envuelve en una manta. La joven, que mientras tanto revolviendo las cajas que había en el sótano había encontrado somníferos, duerme durante días y al final se recupera. Inicialmente la relación entre los dos es turbulenta, Lorenzo no acepta esta irrupción de la hermana, y ella no quiere interferencias de él en sus problemas. Pero poco a poco esta historia los une, se crea una complicidad, Lorenzo llega a comprender mucho de sí mismo, e incluso Olivia redescubre una relación humana. Comen juntos, se abrazan y comienzan a confiar en el otro.

La estadía de Lorenzo en el sótano llega a su fin, por lo que los dos se saludan y prometen mutuamente permanecer en contacto; Olivia también promete desintoxicarse. Las dos promesas no se cumplen y diez años después Lorenzo está en Cividale del Friuli en una habitación delante de una mesa donde yace el cuerpo inmóvil de la hermanastra. El 9 de enero de 2010, Olivia murió de sobredosis en un bar del municipio friulano.

“Entonces, un día, mientras estaba en la habitación con las botas nuevas en los pies, mi mirada recayó sobre el espejo pegado a la puerta del armario y vi reflejado a un niño en calzoncillos, blanco como un gusano, con las piernas que parecían ramas, con cuatro pelos encima, con un torso pequeño y esas ridículas cosas rojas en los pies, y medio minuto después de mirarlo con la boca medio abierta, le dije: - Pero... ¿a dónde vas? Y el niño en el espejo me respondió con una voz extrañamente adulta: - A ninguna parte.”

Niccolò Ammaniti

EL TEXTO

La noche del 18 de febrero de 2000 me fui a la cama temprano y me dormí inmediatamente, pero por la noche me desperté y no pude volver a dormir. A las 6:10, con el cubrecama hasta el mentón, respiraba con la boca abierta. La casa estaba silenciosa. Los únicos ruidos que se oían eran la lluvia golpeando la ventana, mi madre caminando entre el dormitorio y el baño y el aire que entraba y salía de mi tráquea.

Pronto me despertaría y me llevaría a la cita con los demás. Encendí la lámpara en forma de grillo sobre la mesita de noche. La luz verde pintó un pedazo de habitación donde estaba la mochila llena de ropa, la chaqueta, la bolsa con las botas y los esquís. De trece a catorce años, había crecido de repente, como si me hubieran dado estiércol, y me había vuelto más alto que mis compañeros. Mi madre decía que dos caballos de tiro me habían estirado. Pasé mucho tiempo en el espejo mirándome la piel blanca manchada de pecas, los pelos en las piernas. En mi cabeza crecía un arbusto castaño del que brotaban las orejas. Las facciones faciales habían cambiado desde la

pubertad y una gran nariz me dividía los ojos verdes. Me levanté y metí la mano en el bolsillo de la mochila junto a la puerta.

– La navaja está. La lámpara también. Está todo, -dije en voz baja. Los pasos de mi madre en el pasillo. Debía tener zapatos azules con tacones altos. Me metí en la cama, apagué la luz y fingí que estaba durmiendo.

– Lorenzo despierta. Es tarde. Levanté la cabeza de la almohada y me refregué los ojos. Mi madre levantó la persiana. – Qué horrible día... Esperemos que en Cortina esté mejor. La luz oscura del amanecer le dibujaba la silueta delgada. Se había puesto la falda y la chaqueta gris que usaba cuando hacía las cosas importantes. El pullover de cuello redondo. El collar de perlas. Y los zapatos azules con tacones altos.

– Buenos días, -bostecé, como si recién me hubiera despertado. Se sentó en el borde de la cama.

– Cariño, ¿has dormido bien? -Voy a prepararte el desayuno... mientras tanto lávate.

– ¿Nihal? Me peinó el pelo con los dedos.

– Duerme, a esta hora. ¿Te dio las camisetas planchadas? Asentí con la cabeza.

– Levántate. Me hubiera gustado hacerlo, pero me sofocaba un peso en el pecho. – ¿Qué pasa? Le tomé la mano.

– ¿Me quieres? Ella sonrió.

– Claro que te quiero. Se puso de pie, se miró en el espejo al lado de la puerta y se alisó la falda. – Levántate, vamos. ¿Hoy también te tienes que hacer rogar para salir de la cama?

– Un beso. Se inclinó sobre mí.

– Mira que no te alistas en el ejército, solo vas de vacaciones de invierno. La abracé y le metí la cara en el pelo rubio que le caía en la cara y puse la nariz en su cuello. Tenía un buen olor. Me hacía pensar en Marruecos. A algunas calles estrechas llenas de puestos con polvos de color. Pero yo nunca había estado en Marruecos.

– ¿Qué perfume es éste?

– El jabón de sándalo. El de siempre.

– ¿Me lo prestas? Ella levantó una ceja.

– ¿Por qué?

– Así me lavo y te tengo encima. Ella me ha quitado las mantas.

– ¿Pero que es esta novedad que te bañas? Vamos, no seas tonto, no tendrás tiempo de pensar en mí.

[...]

Cruzamos el puente sobre el Tíber. Nos detuvimos en el semáforo. Me quité el cinturón de seguridad.

– Déjame aquí. Me miró como si no lo entendiera.

– ¿Cómo aquí?

– Sí. Aquí. El semáforo se ha vuelto verde.

– Detente, por favor. Pero siguió conduciendo. Afortunadamente había un camión de basura que nos retrasaba.

– ¡Mamá, para!

– Ponte el cinturón de seguridad.

– Quiero llegar solo a la reunión.

– No entiendo... Levanté la voz.

– Para, por favor. Mi madre paró, apagó el coche y se echó atrás el pelo con la mano.

– ¿Qué pasa ahora? Lorenzo, por favor, no empecemos... Sabes que a esta hora no conecto.

– Es que... – Apreté los puños. – Todos los demás van solos. No puedo presentarme contigo. Hago el ridículo.

– Déjame entender... – Se fregó los ojos. – ¿Debería dejarte aquí?

– Sí. – Y ¿tampoco les doy las gracias a los padres de Alessia? Levanté los hombros. – No hay necesidad. Se lo digo yo.

– Ni pensarlo. – Y giró la llave. Me lancé sobre ella. – No... No... Por favor... Ella me empujó hacia atrás.

– Por favor, ¿qué?

– Déjame ir solo. No puedo llegar allí contigo. Se burlarán de mí.

– Pero qué estupidez... Quiero saber si todo está bien, si tengo que hacer algo. Me parece lo mínimo. No soy tan grosera como tú.

– Yo no soy grosero. Yo soy como todos los demás. Colocó la luz de giro.

– No. Ni hablar. No había calculado que mi madre quisiera tanto acompañarme. La ira comenzaba a subir. Golpeé mis puños en las piernas.

– ¿Y ahora qué haces?

– Nada. Estreché la manija de la puerta hasta que mis nudillos se volvieron blancos. Podría haber arrancado el espejo retrovisor y roto el cristal de la ventana. ¿Por qué tienes que ser un niño?

– Eres tú quien me trata como a un... idiota. Me fulminó con la mirada.

– No digas palabrotas. Sabes que no lo soporto. Y no hay necesidad de hacer estas escenas. Golpeé la guantera.

– Mamá, quiero ir solo, maldita sea. La ira me estaba presionando la garganta.

– Está bien. No voy. Así estás contento.

– Mira que me estoy enfadando de verdad, Lorenzo. Tenía una última carta.

– Todos dijeron que iban solos al encuentro. Yo soy siempre el que va con la mamá. Es por eso que tengo problemas...

– Ahora no me hagas pasar por la que te causa problemas.

– Papá dijo que tengo que ser independiente. Que tengo que tener mi vida. Que tengo que separarme de ti. Mi madre entrecerró los ojos y estrechó los labios delgados como para evitar hablar. Se dio vuelta y miró los coches que pasaban. – Es la primera vez que me invitan... ¿qué pensarán de mí? – continué. Miró a su alrededor como si esperara que alguien le dijera qué hacer. Le estreché la mano. – Mamá, quédate tranquila... Sacudió la cabeza.

– No. No estoy tranquila en absoluto. Con el brazo alrededor de los esquís, la bolsa con las botas en la mano y la mochila en los hombros, vi a mi madre dar la vuelta. La saludé y esperé hasta que el Bmw desapareció en el puente.

[...]

Ahora el problema era entrar en el edificio sin que me viera Franchino, el portero; era muy lento y cuando comenzaba a barrer el patio no terminaba más. Me escondí detrás de un camión estacionado al otro lado de la calle, saqué su teléfono y anoté su número fijo. El teléfono en el sótano empezó a sonar. Le tomó mucho tiempo escucharlo. Al final, dejó la escoba y se dirigió hacia la cabina de seguridad con su pie balanceándose y lo vi desaparecer por las escaleras que llevaban a su apartamento. Agarré esquís y botas y crucé la calle. Casi terminé debajo de un Ford Ka que empezó a tocar bocina. Atrás, los otros coches atrapados, me insultaban. A regañadientes, con los esquís cayéndose y la mochila lastimando mis hombros, apagué mi teléfono y crucé el portón. Pasé junto a la fuente cubierta de musgo donde vivían los peces rojos y el césped con bancos de mármol

donde nadie podía sentarse. El coche de mi madre estaba estacionado junto a la marquesina de la puerta, debajo de la palmera que ella había curado del gorgojo rojo, un parásito de las palmeras. Rezando para no cruzarme con nadie saliendo del edificio, me metí en el pasillo y corrí por la alfombra roja, pasé frente al ascensor y me tiré por las escaleras que llevaban a los sótanos. Cuando llegué abajo estaba sin aliento. Al tocar la pared encontré el interruptor.

[...]

Dondequiera que mirara había cosas apiladas. Un sofá de flores azules. Una pila de colchones de lana recubiertos de moho. Una colección de “Selecciones” comida por las polillas. Discos viejos. Lámparas con las pantallas torcidas. Una cabecera de hierro forjado. Alfombras enrolladas en periódicos. Un gran bulldog de cerámica con una pata rota.

[...]

Pero en un sector había un colchón con mantas y una almohada. En una mesa baja, dispuestas en orden diez latas de Simmenthal, veinte de atún, tres paquetes de pan lactal, seis latas de aceite, doce botellas de agua mineral Ferrarelle, jugos de fruta y Coca-Cola, un tarro de Nutella, dos tubos de mayonesa, galletas, sándwiches y dos barras de chocolate con leche. Puesto sobre una caja, un pequeño televisor, la Play Station, tres novelas de Stephen King y un poco de cómics Marvel. Cerré la puerta. Esas serían mis vacaciones de invierno.

LOS RECUERDOS

¿Cuál ha sido nuestro primer gesto de rebeldía hacia nuestros padres?

La solitudine dei numeri primi

Paolo Giordano

7

15 años



EL AUTOR

Paolo Giordano nace en Turín el 19 de diciembre de 1982. Comprometido en el ámbito de la investigación científica, específicamente en el ámbito de la Física, es también y sobre todo un escritor italiano, a raíz de su primera novela, *La solitudine dei numeri primi*, publicada en el 2008. Se convirtió inmediatamente en un best-seller, dándole la oportunidad de ganar varios premios literarios y hacerse conocer al público en general.

Hijo de dos profesionales, criado en un contexto burgués y culto, el joven Paolo probablemente debe su amor hacia los estudios científicos a su padre Bruno, ginecólogo. Su madre, Iside, es profesora de inglés. En 2006 se graduó con muy buen promedio y honores en "Física de las interacciones fundamentales", en la Universidad de Turín. Su tesis es considerada una de las mejores y, gracias a ella, obtiene una beca para hacer el doctorado en Física de partículas.

Durante los años de estudio con el equipo de investigadores, el joven físico turinés se esfuerza en el ámbito científico, pero, al mismo tiempo, cultiva también su gran pasión, la escritura. En el periodo de dos años 2006-2007, de hecho, Giordano asiste a dos cursos externos de la Escuela Holden, la ideada y administrada por el conocido escritor Alessandro Baricco.

En enero de 2008 es publicada "*La solitudine dei numeri primi*". Editada por Mondadori, la novela recibe los dos reconocimientos más codiciados de un escritor italiano: el Premio Strega y el Premio Campiello (categoría Opera Prima). Habiendo recibido a el Strega a la edad de 26 años, Giordano es también el autor más joven que ha ganado ese conocido reconocimiento literario.

LA TRAMA

La solitudine dei numeri primi cuenta en paralelo las vidas de sus dos protagonistas, Alice y Mattia.

La historia comienza en Turín, donde los dos chicos nacen y crecen. Para ambos la infancia está marcada por un acontecimiento traumático. Alice cree que fue un accidente en una carrera de esquí, lo que la dejará lisiada de por vida. Este hecho también compromete la relación con su padre, que quería hacer de su hija una gran esquiadora y la había empujado hacia este deporte. A medida que crece, Alice empieza a sufrir de anorexia, un trastorno que la acompañará el resto de su vida.

Para Mattia, el evento traumático es la desaparición de la hermana melliza Michela. Michela sufría de un retraso mental y por eso Mattia tenía que ocuparse de ella en todo momento. Un día Mattia quiere ir a una fiesta de cumpleaños y decide dejar a su hermana sola en el parque. Nunca encontrarán a Michela, y se asumirá que se ahogó en un canal del parque.

En la escuela Alice logra entablar una amistad, aunque corta, con Viola Bai, una chica muy popular. Incluso si la amistad dura poco, es Viola quien impulsa a Alice a conocer a Mattia. En esta fase comienza la relación entre los dos jóvenes, unidos por una existencia problemática y por un carácter cerrado e introvertido. La



relación no evoluciona, sin embargo, en una historia de amor y, luego, de clases, Alice y Mattia emprenderán dos caminos diferentes, ella hacia la fotografía y él hacia las matemáticas.

Los niños volverán a encontrarse en estos años, Mattia le contará a Alice la historia de la hermana Michela, que lo atormenta desde niño, y entre los dos habrá un beso. Los eventos, sin embargo, intervienen para separar de nuevo a Alice y Mattia; el muchacho es llamado para un puesto de trabajo como profesor universitario en el norte de Europa y, después de algunos cambios de opinión, decide irse. En la universidad extranjera hace amistad con un colega, Alberto, a través del cual conoce a una mujer, Nadia, con la que tendrá una breve historia que no continuó.

Mientras tanto, la madre de Alice se enferma y, finalmente, muere. Mientras asiste a la madre en el hospital, Alice conoce a un médico, Fabio, que la conquista y al final conseguirá que se case con él. Sin embargo, el matrimonio dura poco, ya que Alice no puede tener hijos a causa de su anorexia y se niega a curarse. Los dos se separan y Alice vuelve a vivir sola.

Un encuentro muy especial reabrirá los destinos de Alice y Mattia una vez más. De hecho, un día Alice ve a una chica que se parece mucho a Mattia y cree que podría ser la hermana desaparecida Michela. Alice llama a Mattia y le pide que se reúna con él. Los dos se encuentran, pero Alice no puede decirle lo que vio y pensó, se besan de nuevo, pero al final Mattia vuelve a empezar y la novela termina con otra separación, sin que los dos puedan realmente encontrarse y tener el valor de permanecer juntos.

La solitudine dei numeri primi: significado

En sentido metafórico, los números primos remiten a la soledad, ya que son los números que son divisibles sólo por sí mismos y por cero, es decir, que no tienen relaciones con otros que no sean ellos mismos y con la nada.

El espacio entre el yo y la nada es el espacio de la soledad, el que ocupan los protagonistas de esta novela.

En el curso de la narración Alice y Mattia se comparan a dos números primogénitos, es decir, dos números primos divididos por un solo número, cercanos pero que no se pueden unir.

La solitudine dei numeri primi es una novela atípica porque cuenta la historia de dos personajes que no consiguen encontrarse, dos almas gemelas que se aman pero que no consiguen estar juntas. De este modo, esta novela toca temas muy importantes, como la soledad insuperable y las problemáticas ligadas a la soledad, pero también las dificultades de los jóvenes modernos, desde la fuga al extranjero para encontrar trabajo, a la anorexia y la depresión. La novela refleja de modo amargo el mundo contemporáneo del bienestar, en el que los jóvenes tienen todo lo que es material, pero son abandonados a su soledad.

Los protagonistas, marcados por traumas que no logran superar, se refugian en sí mismos, autoexcluyéndose del mundo. La soledad es, entonces, lo que los une pero que, por definición, los aleja también recíprocamente.

Lejos de ser una historia de amor tradicional, de final feliz, *La solitudine dei numeri primi* nos cuenta, en cambio, una relación imposible, la dificultad de alcanzar esa felicidad que está a un paso, ese paso que se convierte en una distancia insalvable si no estás preparado para enfrentarlo. Se trata, pues, de una reflexión profunda y de un descenso en la mente del ser humano y de sus lados más inexplicables. La novela de Giordano narra un destino de dolor, que llega casi hasta el autolesionismo, y la negación de una solución que para todos los demás sería obvia y fácil, pero que para algunos resulta imposible.

“Las decisiones se toman en pocos segundos y se pagan por el resto de la vida.”

Paolo Giordano

EL TEXTO

Viola Bai era admirada y temida con el mismo entusiasmo por todas sus compañeras, porque era lo suficientemente hermosa como para incomodarla y porque a los quince años conocía la vida más a fondo que todas sus coetáneas, o al menos así lo demostraba. El lunes por la mañana, durante el descanso, las chicas se reunían alrededor de su pupitre y con codicia escuchaban el informe de su fin de semana. La mayoría de las veces se trataba de una sabia reelaboración de lo que Serena, la hermana de Viola ocho años mayor, le había contado a ella el día anterior. Viola contaba todo sobre sí misma, pero sabía enriquecer los relatos con detalles sórdidos, a menudo inventados de sana planta, que a los oídos de sus amigas sonaban misteriosos e inquietantes. Hablaba de esto o de aquel local sin haber entrado nunca, pero era capaz de describir con minuciosidad su iluminación psicodélica o de detenerse en la sonrisa maliciosa que el barman le había dirigido mientras le servía una cuba libre.

[...]

Viola Bai sabía cómo hacer funcionar una historia. Sabía que toda la violencia está encerrada en la precisión de un detalle. Podía calcular el tiempo para que sonara el timbre justo cuando el camarero estaba lidiando con el cierre de su jean de marca. En ese momento, su público se desesperaba levemente, con las mejillas rojas de envidia e indignación. Viola prometía continuar con el cambio de hora siguiente, pero era demasiado inteligente para hacerlo. La verdad es que siempre terminaba liquidando el asunto con una mueca de su boca perfecta, como si lo que había vivido no tuviera peso. Era sólo otro detalle de su extraordinaria vida y ella ya estaba proyectando años luz hacia adelante.

[...]

El público aficionado de Viola estaba compuesto por Giada Savarino, Federica Mazzoldi y Giulia Mirandi. Juntas formaban una falange compacta y despiadada, las cuatro “perras”, como algunos chicos de la escuela las llamaban. Viola las había elegido una por una y de cada una había exigido un pequeño sacrificio, porque su amistad la tenía que merecer. Era la única que decidía si estabas dentro o fuera de su grupo, y sus decisiones eran oscuras e inequívocas. Alice observaba a Viola en secreto. Desde su lugar, dos filas de bancos más allá, se alimentaba de frases sueltas y fragmentos de sus cuentos. Luego, por la noche, en su habitación, disfrutaba de sus historias.

Antes de ese miércoles por la mañana, Viola nunca le había dirigido la palabra. Se trató de una especie de iniciación, hecha, además, correctamente. Ninguna de las chicas sabía con certeza si Viola estaba improvisando o si había meditado mucho tiempo esa tortura. Pero todas estuvieron de acuerdo en encontrarla absolutamente genial. Alice odiaba el vestuario. Sus compañeras perfectas se quedaban todo el tiempo que podían en ropa interior para que las otras las envidiaran. Tomaban poses antinaturales y torcidas, sacaban su barriga y sus pechos. Respiraban frente al espejo medio roto que ocupaba una de las paredes. Decían “mira aquí”, midiendo con las manos la anchura de la pelvis, que de ninguna manera podría ser más proporcionada y seductora.

Los miércoles, Alice salía de casa con pantalones cortos bajo sus jeans, para no tener que desnudarse. Las otras la miraban con malicia y sospecha, imaginándose lo que tenía para esconder debajo de esos vestidos. Se quitaba la camisa de espaldas para que no pudieran ver su barriga.

Se ponía las zapatillas de deporte y empujaba a las otras contra la pared, poniéndolas paralelas entre ellas. Doblaban los jeans con cuidado. La ropa de sus compañeras, en cambio, colgaban desordenadamente por los bancos de madera y sus zapatos estaban esparcidos por el suelo y al revés, porque todas se las colocaban usando los pies.

«Alice, ¿te gustan los dulces?», le dijo Viola.

Alice tardó unos segundos en convencerse de que Viola Bai estaba hablando con ella. Estaba convencida de que era transparente a sus ojos. Tiró de los dos extremos de los cordones de los zapatos, pero el nudo se soltó entre los dedos.

«¿Yo?» preguntó mirando a su alrededor, con incomodidad.

«No hay otras Alice, me parece», la imitó Viola con su voz.

Las otras se rieron.

«No. No demasiado.»

Viola se levantó del banco y se acercó más a ella. Alice se sintió observada a medias por sus ojos maravillosos ya que el flequillo proyectaba una sombra sobre su cara.

«Pero te gustan los caramelos, ¿no?», continuó Viola, con voz suave.

«Sí. De hecho. Más o menos.»

Alice se mordió el labio y enseguida se reprochó esa inseguridad cretina. Se pegó con la espalda huesuda a la pared. Un temblor le atravesó la pierna buena. La otra permaneció inerte, como siempre.

«Pero, ¿cómo más o menos? A todos les gustan los caramelos. ¿No, chicas?» Viola se dirigió a las tres amigas, sin darse vuelta.

«Mm-mm. A todos» le respondieron en coro. Alice sintió una extraña inquietud en los ojos de Federica Mazzoldi, que la estaba mirando desde el fondo del vestuario.

«Sí, en realidad me gustan» respondió. Comenzaba a tener miedo, sin saber de qué.

[...]

«De hecho. Estaba segura. Y ahora, ¿quieres un caramelo?», preguntó Viola.

Alice pensó en ello.

Si digo que sí, quién sabe lo que me hacen comer. Si digo que no, quizás Viola se enoje y me lleven al vestuario de los varones. Se quedó callada como una tonta.

«¿Entonces? No es una pregunta tan difícil» se burló Viola. Sacó de su bolsillo un puñado de gomitas.

«¿Cuál quieren ustedes ahí detrás?», preguntó.

Giulia Mirandi se acercó a Viola y las miró en la mano. Viola no dejaba de mirar fijamente a Alice y ella sentía su cuerpo encorvado bajo su mirada, como un papel de periódico ardiendo en la chimenea.

«Hay de naranja, frambuesa, arándano, fresa y durazno», dijo Giulia. Echó una mirada fugaz y aprensiva hacia Alice, sin que Viola la viera.

«Yo frambuesa», dijo Federica.

«Yo durazno» respondió Giada.

Giulia les tiró los dulces y desenvolvió el suyo de naranja. Se la metió en la boca y luego dio un paso atrás para devolverle el centro de la escena a Viola.

«Quedan arándanos y fresas. Entonces ¿la quieres o no?»

Quizás sólo quiere darme un caramelo, pensó Alice. Quizás sólo quieren ver si como o no. Es sólo un caramelo.

«Yo prefiero la fresa», dijo despacio.

«Cielos, también era mi favorita», dijo Viola, con una mala interpretación del disgusto. «Pero a ti te la doy con mucho gusto.»

Desenvolvió la gomita de fresa y dejó caer el envoltorio.

Alice extendió la mano para tomarla.

«Espera un momento», le dijo Viola. «No seas angurrienta.»

Se inclinó al suelo, sosteniendo el caramelo entre el pulgar y el índice. La restregó por el suelo sucio del vestuario. Caminando con las rodillas dobladas, la arrastró lentamente por toda la pared izquierda de Alice, en el rincón, donde la suciedad estaba coagulada en bolitas de polvo y enredaderas de pelo.

Giada y Federica ya no podían más de la risa. Giulia se mordisqueaba un labio nerviosamente. Las otras chicas habían entendido la situación y se retiraron, cerrando la puerta. Al llegar al fondo de la pared, Viola se acercó al lavabo, donde las chicas se enjuagaban las axilas y la cara después de la hora de gimnasia. Con el caramelo recogió el mucílago blanquecino que cubría la pared interna del desagüe.

Volvió frente a Alice y le puso esa asquerosidad por debajo de la nariz.

«Aquí esta.» dijo. «De fresa, como querías.»

No se reía. Estaba seria y decidida como quien está haciendo algo doloroso pero necesario.

Alice sacudió la cabeza para decir no. Se pegó aún más a la pared.

«¿Qué sucede? ¿Ya no la quieres?» le preguntó Viola.

«Sí», se metió Federica.

«La pediste y ahora te la comes.»

Alice tragó.

«¿Y si no la como?» tuvo el valor de decir.

«Si no la comes, acepta las consecuencias», respondió Viola, enigmática.

«¿Qué consecuencias?»

«Las consecuencias no las puedes saber antes. Nunca las puedes saber.»

Me quieren llevar adonde se encuentran los varones, pensó Alice. O me desnudan y no me devuelven la ropa.

Temblando, pero de manera casi imperceptible, extendió la mano hacia la de Viola, que le dejó caer el caramelo sucio en la palma. Poco a poco la acercó a su boca.

Las otras estaban en silencio y parecían pensar que en verdad no lo haría. Viola estaba impasible.

Alice apoyó la gelatina en su lengua y sintió los cabellos que se encontraban pegados a ella secando la saliva. Solo masticó dos veces y algo crujió bajo sus dientes.

No vomites pensó. No tienes que vomitar.

Bajó una ráfaga ácida de jugos gástricos y se tragó el caramelo. La escuchó bajar por el esófago como una roca.

El neón del techo producía un zumbido eléctrico y las voces de los chicos en el gimnasio eran una masa sin forma de gritos y risas. En los sótanos el aire era pesado y las ventanas eran demasiado pequeñas para dejarlo circular.

Viola miró a Alice con seriedad. Asintió. Sin sonreír le hizo una señal con la cabeza que quería decir “ahora nos podemos ir”. Luego dio la vuelta y salió del vestuario, superando las otras tres sin dirigirles ni siquiera una mirada.

LOS RECUERDOS

¿Recuerdas alguna experiencia de bullying dirigida a un compañero o compañera durante la escuela secundaria?



EL AUTOR

Erri De Luca nació en Nápoles en 1950, escribió narrativa, teatro, traducciones y poesía.

El nombre, Erri, es la versión italiana de Harry, el nombre de su tío. Estudió en las escuelas estatales De Amicis (primaria), Fiorelli (media) y Umberto I (superior). A los 18 años deja Nápoles e inicia su activismo político en la izquierda extraparlamentaria, que dura hasta sus 30 años; concluye durante el otoño de 1980 con la participación en la lucha contra los veinte mil despidos de la fábrica FIAT Mirafiori en Turín.

Entre los años 1976 y 1996 trabaja como obrero. Entre 1983 y 1984 participa como voluntario en un programa relacionado con el suministro de agua en algunas aldeas de Tanzania. Fue chofer de camiones de ayuda humanitaria durante la guerra en los territorios de la ex Yugoslavia, en la década del '90. En la primavera de 1999 se encuentra en Belgrado, esta vez solo, durante el bombardeo de la OTAN, del lado del objetivo. En este período, entabla amistad con el poeta Izet Sarajlic de Sarajevo, a quien conoce durante la guerra de Bosnia, y con Ante Zemljarić, poeta y comandante partisano en la guerra contra el nazismo.

Su primera novela, *Non ora non qui*, se publicó en Italia en 1989. Sus libros fueron traducidos a más de 30 lenguas. Autodidacta del inglés, francés, swahili, ruso, yiddish y hebreo antiguo, tradujo de forma literal algunas partes del Antiguo Testamento.

Escribió para cine; tradujo al napolitano y guionó *La voix humaine* de Cocteau para ser interpretado por Sophia Loren. Para el canal de Youtube *The Decameron 2020*, junto con Paola Porrini Bisson escribió y recogió voces de escritores y actores del mundo, desde el aislamiento durante la pandemia. También es autor de obras teatrales.

Practica alpinismo. Sus montañas favoritas son las Dolomitas.

LA TRAMA

Tu, mio es una novela de formación ambientada en el período posterior a la guerra, es decir, en los años cincuenta; este libro trata sobre un joven que nació en Nápoles y pasa un espléndido verano en una isla de pescadores; una figura importante en la historia es Nicola, amigo del protagonista que, a través de sus misteriosos relatos, narra la historia de su vida vinculada a la Gran Guerra. En esta isla se encuentra con una muchacha judía llamada Caia, de quien se enamora.

El amor entre ambos es bastante incierto, lleno de idas y vueltas, típico de la adolescencia. Caia le revela la verdad sobre la historia de su familia solo al protagonista: era hija de un judío y de una rumana; los padres perdieron la vida durante la masacre más sangrienta que la historia recuerde; este macabro relato deja una marca en el protagonista, también narrador, y se desencadena en él un feroz sentido de protección que lo lleva a volcar su odio contra los turistas alemanes que se encontraban en la isla.



Se asiste, entonces, a un salto al abismo: de la preadolescencia, a la edad adulta; del desconocimiento, a la toma de conciencia; del enamoramiento, al amor maduro y paterno; de la memoria colectiva, a la memoria personal de una cultura desconocida. Una pérdida de conciencia, una confusión interior desencadenada por la notable sensibilidad de este adolescente novato en el amor y en la violencia. Porque, como le enseña y sugiere el admirado tío, “odiar por política, odiar de manera abstracta, no lo entiendo, no logro imaginarlo”. En cambio, el protagonista no sigue el consejo de su tío ítalo-americano. No demuestra madurez y tanto la Historia – con “H” mayúscula – como la trama, se cierran en un círculo concéntrico: los errores se repiten, se vuelve al punto de partida. El aprendizaje yace en el fondo, las palabras vuelan en el viento y por enésima vez la memoria no basta, queda relegada, justamente, por un “odio abstracto”.

Tu, mio se convierte, entonces, no solo en la apropiación indebida de Caia por parte de la personalidad del protagonista, sino también el fuerte imperativo de la historia que esclaviza la conciencia del hombre que todo ignora, a pesar de saber. Un imperativo crudo, seco, que deja huella; y el silencio de un odio que se obstina en no extinguirse.

“Uno se enamora así, buscando en la persona amada ese punto que no ha sido revelado a nadie, que se ofrenda solo a quien escruta, a quien escucha con amor.”

Erri De Luca

EL TEXTO

Nicola me ha enseñado a pescar. La barca no era suya, era del tío, el mío. Nicola la usaba durante el año, después empezaba el buen tiempo y entonces trabajaba como marinero del tío los domingos, durante las vacaciones de verano. Por la noche pescaba potas, una especie de calamar, usando lámparas como señuelo para que muerdan el anzuelo.

Preparaba la barca y partía temprano por la mañana. La isla estaba muda, al bajar descalzo hasta la marina un chico podía sentirse pulido por la piedra bajo los pies, perfumado por el pan que desde los hornos subía hasta la nariz, adulto porque se dirigía hacia la costa y mar adentro para practicar un arte. Los otros chicos iban al mar más tarde, por las chicas y por los baños, los ricos tenían lanchas y daban vueltas en círculos sobre maderas relucientes y motores llenos de caballos.

(...)

Nicola me ha enseñado el mar gracias a la barca y al permiso del tío, que me invitaba porque me quedaba callado, no enredaba la línea, no realizaba movimientos si el pez mordía la carnada, no me quejaba del calor, no me tiraba al agua desde la barca, solo un chapuzón brusco, para refrescarme. Nunca preguntaba si el pescado era para llevar a casa, el pescado era suyo, después de Nicola. Nunca preguntaba si podía ir, era él quien el día anterior me decía: “ven”.

Nicola me ha enseñado el mar sin decir “se hace de esta forma”. Hacía algo de una forma y esa forma era la correcta, no solo precisa, sino bonita de ver, nunca apresurada. Esa forma de hacer de Nicola tenía el ritmo de las olas, sus gestos creaban una rima que estaba aprendiendo a entender. Cortaba la pota en trozos del ancho de una uña, un corte y un arrastre con la hoja del cuchillo para apartarlo, iba siguiendo su ritmo, absorto, parejo. Los trozos cortados se secaban al sol durante el viaje hacia la costa. Clavaba la carnada por el centro, cubriendo el anzuelo hasta el nudo del nylon. Y luego, la captura, desde la boca del pez, desde la garganta, recuperaba la carnada, la reutilizaba. Y casi sin mirar, las manos iban solas. Él podía mirar más allá, hacia lo lejos, o no mirar nada, dejando que las manos obraran solas. Esa era la tarea, la fachada, mientras que el resto del cuerpo era solo un sostén de paciencia.

En la barca hablaban solo los hombres, yo escuchaba las voces, no las conversaciones, y los saludos que se intercambiaban con otros pescadores: “*a re nuost*”, eres de los nuestros, un grito que solo he escuchado en el mar.

Algunas tardes iba a la playa de los pescadores y si encontraba a Nicola solo preparando la pesca me quedaba cerca de él. Entre los restos de pescado, alguna gallina escarbaba buscando la cabeza de una anchoa para engullir junto con la arena. Era un chico de ciudad, pero durante el verano me volvía salvaje. Descalzo, la piel de los pies endurecida como la algarroba comida en los árboles, lavado con agua de mar, salado como un arenque, un pantalón de tela azul, olor a pescado, alguna escama perdida por el cabello, el andar y los pasos cortos, de barca. En una semana ya no tenía ninguna ciudad de origen. Me la había arrancado junto con la piel muerta de la nariz y de la espalda, los puntos donde el sol penetraba hasta la carne.

El sol es una primera capa, un papel de lija que en el verano desola la tierra, la empareja, la alisa, seca y delgada con una fina capa de polvo. Con los cuerpos hace lo mismo. El mío, expuesto hasta la noche, se partía como un higo solo en algún punto de los hombros y en la nariz. No me ponía aceites solares, que ya existían en ese entonces, a mediados de los años cincuenta. Era de extranjero estar aceitado, el brillo sobre el cuerpo como una anchoa pasada por huevo antes de freírla. “*Piscitiello addevantasse / int’o sciore m’avutasse / m’afferrasse sta manella / me menasse int’a tiella / ‘onn’ Amalia ‘a Speranzella*” (En pecesito me convertiría/ sobre la harina me voltearía/ a su manito me aferraría/ en el sartén me tiraría/ señora Amalia Spenzarella): con los versos de Salvatore Di Giacomo el tío se burlaba de los que usaban ungüentos. Sus hijos y yo, los varones de la familia, desde chicos estábamos acostumbrados a quemarnos los primeros días, después pasaba. Cobraba el dolor como el impuesto más justo para mi fina piel de chico de ciudad. La nueva piel costaba, también la de los pies, antes de poder caminar descalzo sobre las piedras ardientes del mediodía.

LOS RECUERDOS

¿Qué recuedos tienes de tus vacaciones durante la infancia y la adolescencia?



EL AUTOR

Alessio Forgione nació en Nápoles en 1986. Escribe porque ama leer y ama leer porque cree que con una sola vida no alcanza. Su novela de debut, *Napoli mon amour*, ganó el Premio Berto 2019 y el Premio Intersezioni Italia-Russia; en proceso de traducción en Francia y Rusia, será llevado al escenario en el Teatro Mercadante de Nápoles bajo la dirección de Rosario Sparno. *Giovanissimi* es su segunda novela, una de las 12 semifinalistas del Premio Strega 2020.

LA TRAMA

Giovanissimi de Alessio Forgione es la historia de Marocco, un adolescente inquieto que lidia con las primeras veces, algunas hermosas... otras no tanto.

Estamos en Nápoles, más precisamente en un barrio de la periferia. Nuestro protagonista, Marco, vive con su papá y transcurre los días yendo a la escuela, en realidad pasa más tiempo en los baños que sentado en el banco, jugando al fútbol y saliendo con sus amigos.

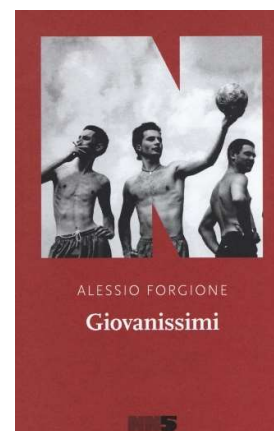
A Marocco no le gusta la escuela y las largas tardes que pasa solo en su casa no las aprovecha para estudiar. Marocco es un chico curioso, le encanta Dylan Dog y las revistas que tratan sobre hechos paranormales, todavía no conoce a Battiato y nunca besó a una chica.

Sinceramente, al principio me resultó muy difícil apreciar *Giovanissimi*. Forgione describe acciones, sensaciones y pensamientos de Marocco sin juzgarlo jamás; lo hace con pocas palabras, ásperas, quizás algo tensas. Y yo, amante de los detalles y de las extensas – bueno, muy extensas – descripciones, no lograba hallarme con un estilo así, tan seco. Me cuesta comprender a Marco, percibo el gran vacío que lo circunda, pero no comprendo en profundidad el comportamiento, al menos hasta que aparece Serena.

Serena es la luz: los adjetivos comienzan a agolparse en las frases (tal como lo declaró Forgione en el encuentro) y de repente Marocco sonríe y el vacío se reduce para hacerle lugar al amor.

Giovanissimi es una novela de formación: seguimos las vidas de los adolescentes lidiando con problemas cotidianos y varios más. No hablan mucho, tampoco los gestos vistos desde afuera parecen importantes y, sin embargo, aquellas acciones aparentemente insignificantes lo dicen todo. “Quizás apagar las luces era nuestro modo de decir te quiero mucho”, me emocioné en ese pasaje. Marco y su papá se quedaron solos porque cinco años atrás su madre se fue para no volver. El tiempo transcurrió y, mientras su perfume desaparecía de la casa, el vínculo entre los dos se fue fortaleciendo. Sin embargo, el centro de los pensamientos de Marocco sigue radicando en el abandono:

En la oscuridad, con los ojos abiertos, no me concentré completamente en la prueba, sino en la posibilidad de convertirme en un futbolista famoso. Porque de ese modo mi madre podría recibir noticias mías, mirarme y, quizás, al verme, al pensarme, le volverían las ganas de estar conmigo, como con esos pensamientos que se olvidan, pero luego, al recordarlos, ya no es posible ignorarlos.



La ausencia de vínculo con la madre influye en casi todos los comportamientos de nuestro protagonista a quien le cuesta entregarse a lo que siente, incluso con Serena:

Precisamente pensaba que estaba seguro de amar solo a mi madre pero que ese amor no provocaba satisfacción, sino solo dolor y sufrimiento. Pensé que no lo entendía, que Serena no podía pretender que yo fingiera amarla y le dijera una cosa así si no estaba seguro. Porque, para mí, amor quería decir para siempre, sin posibilidad de volver atrás y, por lo tanto, tenía que apreciar mi sinceridad y me pareció que quizás me amaba, pero que seguramente no me entendía. Que no entendía esto de que el querer a alguien es una desgracia, porque uno está en las manos del otro y se convierte en algo así como nubes: pequeñas formas delicadas y fáciles de deshacer.

Giovanissimi es...

Un vacío por llenar, eso que hay en la panza de Marocco, eso que hay en el corazón de quien perdió a un ser amado. *Giovanissimi* es espera, es desilusión.

Son muchos los aspectos que me han gustado de *Giovanissimi*: amé la simpleza. Forgione muestra a los personajes como son. No hay buenos o malos, sino solo personas reales que cometen errores, que se arrepienten, quizás, o no. Los jóvenes bandidos de Forgione tienen catorce años, roban, venden droga, pero no son criminales con malas intenciones. Son chicos con muchos sueños y también con problemas en sus casas, que se encuentran cometiendo uno o varios errores. Los mismos chicos que venden droga en los baños son los que sueñan con irse de vacaciones con su novia y verla sonreír durante una cena.

Las tardes en motocicleta, las primeras borracheras, los besos torpes, la adrenalina de la espera, el miedo a ser regañados, la alegría de comer juntos. *Giovanissimi* es todas estas cosas mezcladas; las alegrías y los dolores de un adolescente que queremos mucho. Y, lo admito, la declaración de amor más hermosa la leí aquí: “Quiero comer contigo todas las veces que me de hambre”.

Recomendado para los amantes de las novelas que tocan fibras profundas, para quienes aman las historias breves pero intensas, para quienes quieran volver a ser chicos por un rato. De todas formas, *Giovanissimi* no es una fábula, al igual que en la vida, suceden hechos injustos, inexplicables, dolorosos.

“No quería dejar atrás muertes y heridas, sino personas felices.”

Alessio Forgione

EL TEXTO

Mi mamá, para algunos, era mala gente; lo sabía. Ellos lo pensaban y yo fingía no pensarlo. Fingía no escuchar, no darme cuenta o no entender. Pero mi mamá, para mí, era una abofeteada en la cara, una herida abierta. O un zumbido en la oreja, que subía y bajaba y molestaba y cubría todo y cuando pasé frente a la tabaquería el cartel estaba apagado y la persiana baja.

Entré a casa, puse mi uniforme sucio y los calzoncillos en la lavadora y giré la perilla. Comenzó el lavado, mi papá cocinaba. Nos sentamos en la mesa y él, cada noche, volviendo del trabajo, paraba a comprar el pan recién horneado de la tarde. Me preguntó cómo había estado el entrenamiento y le conté sobre Petrone y que el entrenador nos había dicho que era un ejemplo y que debíamos recordarlo. Le dije que no había entendido de qué era ejemplo. Me respondió que había hecho bien y que se llamaba sentido común.

“Supongamos que en tu clase son todos pobres y los padres no trabajan y tus compañeros van a la escuela con los zapatos rotos, con agujeros y por debajo se ven los calcetines y tú, en cambio, eres rico y te compras un par de zapatos de cien mil liras. Para ti, ¿es justo ir a la escuela con esos zapatos?”-

No entendí si me estaba diciendo que respecto a Petrone yo era pobre y por eso no respondí nada. “No, no es justo” dijo. “No está bien hacerse el fuerte con los débiles y el débil con los fuertes”. Comencé a preguntarme si,

además de pobre, me estuviera considerando también un débil. Permanecí callado. Tomé los platos y los puse en el fregadero. Mi papá abrió el balcón de la cocina y, quieto en el umbral, se encendió un cigarrillo. El paquete estaba sobre la mesa. Yo lavaba los platos y estaba concentrado en lo que hacía. Era una forma de no hablarle, pero percibía que me estaba mirando y sus ojos me pesaban en la espalda.

“¿Qué pasa?” me preguntó. “Nada” le respondí. Lo escuché aspirar. “Quería explicarte que el respeto es lo único que cuenta”. “Ok”. “No tanto lo que recibes, sino lo que das. Eso es lo importante”. “Está bien, papá” dije y él dejó el cigarrillo y mientras empezaba a desengrasar el sartén me apoyó una mano en la cabeza, entre el cabello, y la deslizó hasta el cuello. Me acarició y no sé por qué, pero me sentí muy triste y muy feliz y casi me largué a llorar.

[...]

Vací el bolso y me puse el pijama. Me recosté en la cama. Estaba cansado. Había corrido mucho, lo había dado todo. El sueño estaba viniendo y la habitación estaba oscura y pensé en mi mamá. Imaginé que salía del portón del edificio y la veía y ella estaba derecha, en la calle, y extendía los brazos, como para que fuera corriendo a su encuentro; en el aire sentía olor a limón y a albahaca. Era rubia y llevaba puesta una camisa de jean claro y las piernas estaban cubiertas con pantalones oscuros. Sus ojos estaban ocultos con gafas de sol y un reflejo de luz rebotaba sobre un lente. Era bella y estaba igual que la última vez que la había visto e imaginé escuchar sus pasos sobre el asfalto; eran rápidos y pesados. Me daba vuelta y veía a un hombre rubio que se me venía encima. Me agarraba y me metía en el maletero de un auto. Lo cerraba y todo se volvía oscuro, negro y yo daba patadas, pero no servía de nada y cuando el auto frenaba las luces rojas me encandilaban. “Fue simple” le decía mi mamá. “No opuso resistencia, porque él quiere estar conmigo. Conmigo y contigo”. El auto estaba detenido y todo estaba rojo. Les gritaba que me dejaran salir y ella no me escuchaba y seguía hablando e ignorándome. Tenía miedo. Miedo de que todo pudiera empeorar más aún. Miedo de que fuera mala, como ya todo me hacía suponer que lo fuera. Miedo de que la única cosa que nos habría unido para siempre no fuera otra que el ignorarme, ignorar mis sentimientos, mis pensamientos y, de ese modo, mi existencia. “Es la madre lo que cuenta, no el padre. Es la madre la que lo trae al mundo y es con la madre con quien debe estar y él lo sabe. El padre no cuenta para nada” le escuchaba decir y el auto volvía a arrancar y de nuevo todo estaba oscuro.

“Te dije que para allá no. En avión es imposible, muchos controles, volveremos en barco”, le decía y el auto cambiaba de dirección, bruscamente, y mi cabeza y mi cuello chocaban contra algo. “Tú harás lo que digo yo y él también, porque yo soy la madre y se pondrá contento de obedecerme, porque él es mío. Él es mío, ¿has entendido?”. Y luego imaginé el chirrido de las ruedas contra el asfalto, el ruido de la frenada y yo rodando. Escuché el auto dar marcha atrás y a mi madre que gritaba.

LOS RECUERDOS

¿Recuerdan algún consejo o diálogo puntual con sus padres que los haya marcado positivamente en su educación?

La straniera

Claudia Durastanti

10

18 años



LA AUTORA

Claudia Durastanti, nacida en Brooklyn el 8 de junio de 1984, es una escritora y traductora italiana.

Se gradúa en antropología cultural en la Universidad La Sapienza de Roma, para luego continuar sus estudios en la De Montfort University de Leicester y volver a La Sapienza para realizar un máster en edición y periodismo. Trabajó como asesora editorial para el Salón del Libro de Turín y cofundó el *Festival Italian of Literature in London*. Su debut fue en el 2010 con la novela *Un giorno verrò a lanciare sassi alla tua finestra* ganando el Premio Mondello Giovani, el Premio Castaglioncello Opera Prima y alcanzando la final del Premio John Fante.

Traductora en las editoriales Marsilio y Minium Fax, posteriormente publicó las novelas *A Chloe, per le ragioni sbagliate* en 2013 y tres años más tarde *Cleopatra va in prigione*, que es el desarrollo de un cuento incluido anteriormente en la antología *L'età della febbre*, dedicada a los mejores escritores menores de cuarenta años de la escena literaria italiana. En el año 2019 publicó las memorias familiares dedicadas a la figura materna *La straniera* entrando en la terna final del Premio Strega 2019 y ganando el Premio Strega Off y el Premio Pozzale Luigi Russo. Con ese mismo libro es finalista del Premio Alasio Centolibri, del Premio Viareggio y del Premio Strega.

LA TRAMA

“Después de un gran dolor, /viene un sentimiento formal”: los versos secos y geométricos de Emily Dickinson abren la nueva novela de impronta autobiográfica de Claudia Durastanti, *La straniera*.

De la lectura no se sale indemne, y luego de haber cerrado el libro uno se siente contagiado por aquel tono de voz, aquellas luces que encienden la trama con sofocos que desde la página alumbran el mundo.

En el centro de la trama hay una familia marcada por dos particularidades: las migraciones reversibles entre Italia y Estados Unidos y la sordera de los padres de la protagonista. También se podría decir que, más que la historia, el libro pone en escena la exploración de una familia, más bien una red de condiciones sociales y físicas, inclinaciones, roces, esfuerzos y renuncias. No es casual que la protagonista elija estudiar Antropología, como para poner al descubierto esa trama implícita que habría condicionado su ambiente y, de consecuencia, su recorrido, para luego darse cuenta de lo contrario o, mejor dicho, que su familia se desvinculó de las narraciones documentadas y representa una contra-historia del Sur, de la migración, de la discapacidad.

De allí surge una vida “indisciplinada y anárquica, casi moderna”, donde las diferencias geográficas son cada vez menos categóricas, y tampoco difieren una adolescencia en Basilicata y una en Estados Unidos. A pesar de que los padres de la protagonista “irradien diferencia”, el retrato de estos no será nunca una apología, como cuando se lee por parte de su madre que “su página de Facebook es el triunfo del anti-iluminismo”. Y su juventud transcurrida en la calle, entre “los Oliver Twist deformes y brillosos de la noche romana”, el encuentro con un hombre que estaba por tirarse al Tíber, la vocación como pintora, la connivencia con las numerosas faltas de su hija en la escuela, las veladas obligadas viendo el Festival de Sanremo: de todo esto surge una vida libre de



condicionamientos, a partir de la sordera, a pesar de que en el fondo resista de modo feroz la pertenencia a una clase social desfavorecida.

En esta trama de sobresaltos se desarrolla la historia de la protagonista que pasa de una infancia inestable a una adolescencia solitaria, a realizar estudios universitarios lejos de casa para luego desembarcar en Londres en la etapa previa y posterior al Brexit. Allí aprende que “extranjero es una palabra hermosa, si ninguno te obliga a serlo”, y que las migraciones no son todas iguales, aunque se las cuente con un léxico monótono, “hecho de vocablos que remiten a la victoria o a la derrota”, son igualmente monótonas y piadosas las narraciones tradicionales sobre la pobreza y la discapacidad, de las que esta saga familiar es un contraejemplo: los padres de la protagonista no representan ni “la humildad del sacrificio, del no pedir demasiado, de la dignidad”, ni la combinación “coraje y dignidad”, sino una liberal e imprudente “inconciencia”.

El índice del libro está organizado como los tópicos de un horóscopo: Familia, Viajes, Salud, Trabajo y Dinero, Amor, De qué signo eres. Inspirándose en la astrología, la autora adopta un vínculo novelesco de la secuencialidad cronológica y traduce en forma narrativa un saber que se ubica a medio camino, entre el ocultismo y el pop. De allí no surge una crónica brillante sino un espacio novelesco único, personal: los hechos parecen deslizarse por la misma corriente y el nexo es una mezcla de intimidad y lirismo, ensayística (los experimentos de John Cage, los estudios sobre el comportamiento de las ballenas, la antropología, el cine) y la libertad en la construcción (los pasajes entre distintos tiempos verbales).

En el origen de esta escritora se halla el deseo de comprender y expresar. Esto se entrecruza narrativamente con el tema de la migración y el de la discapacidad, y se hace autónomo en ciertos momentos: en relación a los abuelos y los padres se habla de “una lengua completamente rota” y de la necesidad de “conquistar otra lengua”, de la posibilidad de encontrarse “confundido entre las propias lenguas”, de las palabras que en la memoria familiar (y esto conduce a Natalia Ginzburg) “desaparecieron mientras otras serán parte de tu resplandor”. Un pasaje particularmente alegre relacionado con los subtítulos de las películas (“Quisiera que todos los que trabajan haciendo subtítulos fueran poetas”) concluye con la pregunta: “¿Cómo se susurra en mayúscula?”. Naturalmente, tampoco el plano amoroso queda exento de sus tormentas lingüísticas (“las personas se separan cuando se dejan de hablar, se separan a menudo repitiendo lo mismo”).

Tampoco se privan de sugerencias los enfrentamientos entre el español y el inglés, útiles para fundir en un único concepto los matices que cada lengua logra captar (por ejemplo, la diferencia entre atajo y *desire paths*, entre anhelo y *yearning*, cuando esta última también contiene *yarn*, hilo, entonces “todo el deseo que se desenreda como una madeja de lana, o como las vísceras que se expanden cuando uno se enamora”). Ser una escritora migrante lleva también a este tipo de intuiciones, nunca extemporáneas respecto a la trama, y demuestran de qué forma que el bilingüismo puede agudizar la sensibilidad.

A lo largo de todo el libro se advierte la necesidad de transparencia: los abuelos migrantes, los padres sordos, la pequeña Claudia con dificultades para escribir en italiano, todos han experimentado obstáculos y límites expresivos, siempre luchando con un código que se maneja de manera tosca, quizás esta babel es lo que más ha marcado a la autora, deseosa de alcanzar una comunicación más pura y, finalmente, artística. Esta necesidad, tan familiar para quien ama perderse entre los estantes de las librerías, puede encontrar respuesta en una novela como esta, que nos hace “atravesar un umbral” con la misma facilidad con la que la protagonista en el cine siente que “una película empieza a desbordarse de la pantalla y se te derrama encima”

“La historia de una familia se parece más a un mapa topográfico que a una novela, y una biografía es la suma de todas las eras geológicas que has atravesado.”

Claudia Durastanti

IL TESTO

El primer día de clases en la universidad, el profesor que nos tendría que haber introducido a nuestros estudios entró al aula con el cabello blanco y despeinado, los papeles bajo el brazo, y empezó a hablar de la relación entre la antropología y la literatura. Nos contó sobre Bronislaw Malinowski y sobre cómo fundaría el método de observación participante con la monografía *Los argonautas del Pacífico occidental*, destinada a convertirse en un punto de referencia para los colegas y las generaciones venideras de antropólogos.

[...]

Había llegado a Antropología con Conrad en el corazón, solo para descubrir que su escritura estaba infectada por zonas de sombra y para toparme con otros polacos como él: Bronislaw Malinowski y Stanislaw Witkiewicz, que sería la historia de tantas amistades. Durante la clase, el profesor dijo que el verdadero suicidio no era morir, sino quemar los propios diarios. A un cierto punto, usó una palabra específica, *fiction*, no para definir algo falso, sino algo construido, un plancton que también crecía sobre mis cuadernos autobiográficos en el ático. Nunca más volví a encontrar esa palabra, ni en sus escritos ni en los de los demás.

En cambio, sobre la relación que terminó mal entre Bronio y Stas habría tenido demostraciones directas: durante los años de universidad la ambición a menudo se presentaría como un abandono, una traición de los afectos.

En esos días prestaba obsesiva atención a las personas de las que me hubiera gustado hacerme amiga. La mañana en la que me matriculé noté a una chica diáfana, de cabello colorado, y me parecía no haber visto nunca antes una criatura así. En el Sur había otras caras; también cuando eran ricas y refinadas, expresaban cierta aspereza. Cuando el primer día la encontré sola en un banco, algunas semanas después, me senté cerca de ella e hice de todo para resultarle interesante. Ella se cambió de curso, optó por Ciencias Políticas, pero me sucedió haberla elegido entre los demás. Durante un curso de Historia Contemporánea que puso a prueba mi desgastado patriotismo americano, había una chica menuda frente a mí, tenía los colores de Blancanieves. Llevaba puesto un overol de obrera, y se dio vuelta para decirme “Mira que fue Kennedy el que inició la guerra con Vietnam”, cuando me escuchó hablar sobre su compromiso con los derechos civiles.

Todas esas personas parecían más esculpidas y asertivas y formadas que yo; había una hermosísima chica anarquista que había tenido cistitis en una prisión suiza después de una manifestación para defender los lobos o contra las grandes obras. Constantemente me preguntaba cómo se hacía para ser joven sabiendo que se lo era, cómo era posible que para ciertas personas el tiempo nunca estuviera atrasado, un lamento y una nostalgia, y ni siquiera la ansiedad agresiva de futuro, sino ese exacto momento.

Me había inscripto en la universidad para encontrar un padre, un maestro que me formara y me humillara, enfrentaba cada examen con el anhelo de la mala nota, del “Podrías hacerlo mejor”. Buscaba un castigo, pero ninguno asumía la responsabilidad de mejorarme, salvo mis amigos, salvo las personas que compartían conmigo el estudio: fue su severidad y su arrogancia lo que me lanzó al mundo, más de lo que hayan logrado las docenas de monografías. Todo el saber que quería que fuera vertical, que descendiera de la autoridad o de una figura sacra –después de todo, había tenido una infancia católica–, lo encontraría en mis pares, estudiantes que estaban en mi misma posición de descubrimiento y que, a la larga, se convirtieron en una familia.

[...]

Durante esos años de estudio surgían las historias de tantas sociedades y amores intelectuales, como el de Margaret Mead con Ruth Benedict, que había inventado la antropología visual porque no podía grabar nada y estaba obligada a tomar apuntes filmados o a tomar fotografías. Ruth Benedict era hipoacúsica, la genialidad que aportó a la disciplina antropológica nacía de una limitación física. En las clases nunca nadie nos lo dijo.

LOS RECUERDOS

¿Qué recuerdos tenemos del período posterior a la escuela secundaria? Si comenzamos una carrera universitaria, ¿por qué la elegimos? ¿Cambió la percepción de nosotros mismos, de los demás, del mundo?

Va' dove ti porta il cuore

Susanna Tamaro

11

21 años



LA AUTORA

Susanna Tamaro nace en Trieste, el 12 de diciembre de 1957. Escritora de *best sellers*, durante años también trabajó como autora para la televisión, comenzando su carrera creativa en el ámbito de los documentales y formando parte como curadora y creadora en distintos programas científicos. El éxito masivo llega cerca de sus cuarenta años, cuando en 1994 publica la novela titulada *Va' dove ti porta il cuore* que la lleva a darse a conocer internacionalmente, vendiendo más de 14 millones de copias en todo el mundo.

Sus orígenes son muy respetables: la escritora de Trieste es pariente del célebre escritor Italo Svevo, creador de *La coscienza di Zeno*.

De cualquier forma, la pequeña Susanna Tamaro desde joven debe enfrentarse a una situación muy difícil que retomará más adelante en sus obras, convirtiéndola en recurso creativo y dramático para sus novelas. Cuando era aún muy pequeña, sus padres se separaron, poco tiempo después de su nacimiento, y ella quedó a cargo de su abuela materna, quien se ocupó de cuidar a la niña y a sus dos hermanos.

El año 1989 marca el comienzo definitivo de su carrera como escritora. La editorial Marsilio quiere lanzar al mercado una colección de jóvenes escritores inéditos y Susanna Tamaro decide enviar un manuscrito, *La testa fra le nuvole*. El año siguiente a su debut, Marsilio decide también publicar su segunda novela, *Per voce sola*, que pasa completamente inadvertida, a pesar del interés demostrado por Federico Fellini y Alberto Moravia.

En el año 1991 escribe *Cuore di ciccia* para la editorial Mondadori, acercándose también a la literatura infanto-juvenil. Luego de esta publicación, Susanna Tamaro se toma tres años de pausa, que le sirven para concluir la que será su obra maestra, después de un arduo trabajo de investigación sobre la escritura y, sobre todo, sobre ella misma y su propio pasado.

El resultado de la pausa abocada a la reflexión es *Va' dove ti porta il cuore*. Publicada en 1994, es una novela de tono sentimental que paradójicamente fue recibida con frialdad y reserva por parte de la crítica literaria. El libro, editado por Baldini e Castoldi, vende más de 14 millones de copias en todo el mundo, convirtiéndose en un auténtico fenómeno literario.

LA TRAMA

Es una historia sobre la vida y la muerte, sobre una mujer que, llegando al final de su vida, decide abrirle el corazón a su joven nieta que, en cambio, está entrando a la vida; le confiesa verdades, incluso verdades incómodas, que escondió durante toda su existencia. El objetivo es dejarle a la joven una enseñanza, la misma que se expresa en el título de la novela, guiarse por lo que dicta el propio corazón sin tener miedo del camino por donde este la pueda llevar, no rendirse ante lo que acontezca.

Olga, una anciana perteneciente a la burguesía de Trieste, después de un problema de salud decide escribirle una extensa carta a su nieta Marta, que hace poco tiempo partió rumbo a América. El médico le dio a entender a la mujer que no le queda mucho tiempo de vida y que sería mejor que fuera a vivir a un geriátrico, pero Olga le responde: "Prefiero caerme de bruces entre los zapallitos de mi huerta antes que vivir un año más postrada en una cama,



en una habitación con paredes blancas”. A pesar de todo, Olga decide no advertirle nada a Marta para no estropear su estadía, sino escribirle esta larga carta.

El relato comienza evocando el vínculo con Marta, que inicialmente había sido afectuoso hasta que se fue estropeando cuando la joven alcanzó la adolescencia. Cuenta que cuando era chica, Olga le leía *El principito* y que Marta había querido una rosa que fuera completamente suya y un perro, Buck. Volviendo a ver aquella rosa y junto a la compañía del perro, ya viejo, ahora Olga vuelve a evocar las etapas de su vida y decide contarle a Marta todos sus secretos, abrirle su corazón como un último gesto antes de partir, por su nieta y por ella misma.

De la relación con Marta se pasa al vínculo definitivamente conflictivo con Ilaria, hija de Olga y madre de Marta, quien murió cuando esta era todavía pequeña. Marta fue fruto de una aventura entre Ilaria y un hombre que no volverá a ver nunca más, es engañada por un falso médico que debía haberle curado su depresión, pierde la casa que sus padres le habían regalado y sigue pidiéndole dinero a su madre. Olga se muestra rígida con su hija, aunque termina cediendo ante todas sus peticiones. Para justificar esa rigidez y esa forma de ser, Olga comienza a contarle a Marta toda su vida, desde la infancia.

Olga nació en una familia acomodada pero bastante conservadora, que reprime cada deseo de la niña, como el de ser entomóloga. La mujer identifica como el final de su infancia el momento en el que le dijeron que su perro se había ido porque estaba cansado de ella, cuando en realidad se había muerto. Desde pequeña, Olga emprende el camino de un buen matrimonio burgués. Hacia sus veinte años el padre le presenta a Augusto, un hombre más grande que ella, ya viudo. Se casan y se van a vivir juntos. Al principio la relación entre ellos parece ir bien, pero con el paso del tiempo Augusto se muestra cada vez más monótono y distante, y Olga comienza a sufrir de depresión. Para curarse decide pasar una estadía en las termas de Porretta, en la provincia de Boloña. Allí se encuentra con Ernesto, un médico joven y fascinante, con quien vive su verdadera y única historia de amor y concibe a Ilaria. Con Ernesto, Olga por primera vez se siente viva, de hecho, escribe: “¿Sabes cómo se ponen las plantas si no las riegas por algunos días? Las hojas se ablandan, en vez de erguirse hacia la luz, caen hacia abajo como las orejas de un conejo deprimido. Exactamente así, mi vida, durante los años precedentes, había sido muy parecida a la de una planta sin agua”.

El primer secreto de Olga, nunca antes confesado, es que Augusto no es el verdadero padre de Ilaria. Vale aclarar que el mismo Augusto había presentido este engaño, sin jamás decir una palabra, hasta el día en que, a punto de morir, mirando las manos de Ilaria dirá: “Nadie más en la familia las tiene así”.

Al finalizar la estadía en Porretta, los dos amantes tienen que separarse y Olga vuelve a Trieste, pero lograrán seguir viéndose durante un cierto período de tiempo, incluso después del nacimiento de la niña, siempre a escondidas. Olga ama profundamente a la niña, que le da una nueva razón para vivir. Pero cuando Ilaria tiene cuatro años, Ernesto muere en un accidente de tránsito. Olga lo descubrirá recién dos meses después. Es entonces cuando la mujer cae en una profunda tristeza y desde allí inicia el progresivo distanciamiento por parte de su hija que, a pesar de los sucesivos intentos de Olga por volver a acercarse a ella, a lo largo de los años eso se transformará en un conflicto abierto, tal es así que, incluso de grande, Ilaria seguirá echándole en cara a la madre no haberla querido nunca.

Un día, Ilaria va a visitar a su madre con Marta, aun niña; le pide dinero, la madre se niega y explota una pelea. Ilaria provoca a Olga, le pregunta cómo hace para ser siempre así, intachable, si su vida fue siempre tan perfecta como busca hacerle creer a los demás. Entonces, Olga, en un momento de furia le revela a Ilaria que Augusto no era su verdadero padre. Ilaria, descolocada, se escapa con Marta, sube al auto y la alteración que le provoca la noticia la lleva a tener un accidente automovilístico, en el que muere. Marta, en cambio, se salva e irá a vivir con su abuela. De esta forma, hemos regresado al inicio del relato y hemos descubierto el terrible segundo secreto: Olga le confiesa a su nieta que ella misma es en parte culpable de la muerte de Ilaria.

En las últimas páginas de la carta relata la visita al altillo de la casa, donde hacía años Olga no entraba, y encuentra viejos objetos que había olvidado.

“Cuando tú también experimentes el amor por primera vez, entenderás cuán variados y cómicos pueden ser sus efectos.”

Susanna Tamaro

EL TEXTO

El primer domingo, mientras caminaba para ir a misa, Ernesto se me acercó desde un coche. “¿Adónde va?” me preguntó asomándose por la ventanilla y, apenas le respondí, abrió la puerta del auto diciendo: “Créame, Dios estará mucho más contento si en vez de ir a la iglesia me acompaña a dar un hermoso paseo por el bosque”. Después de un largo trayecto y muchas curvas, llegamos al inicio de un sendero que se adentraba entre los castaños. Yo no tenía el calzado adecuado para caminar por un suelo tan irregular, me tropezaba continuamente. Cuando Ernesto me tomó de la mano, me pareció lo más natural del mundo. Caminamos mucho en silencio. En el aire ya se sentía el olor a otoño, la tierra estaba húmeda, en los árboles había muchas hojas amarillas, la luz, atravesándolas, se atenuaba generando diversas tonalidades. En un determinado momento, en medio del claro, encontramos un enorme castaño. Recordando mi roble me acerqué hacia él, primero lo acaricié con una mano, después le apoyé mi mejilla. Enseguida Ernesto colocó su cabeza junto a la mía. Desde que nos habíamos conocido, nuestros ojos nunca se habían acercado tanto.

Al día siguiente no lo quise ver. La amistad se estaba transformando en otra cosa y necesitaba reflexionar. Ya no era más una jovencita, sino una mujer casada con todas sus responsabilidades, él también estaba casado y, además, tenía un hijo. Yo ya había previsto todo en mi vida, desde ese momento hasta la vejez, el hecho de que algo que no había calculado irrumpiera así me generaba mucha ansiedad. No sabía cómo comportarme. La novedad del primer impacto asusta, para poder seguir adelante es necesario superar esa sensación de alarma. De ese modo, por momentos pensaba: “Es una gran estupidez, la más grande de mi vida, tengo que olvidarme de todo, borrar lo poco que pasó”. Al rato decía que la estupidez más grande sería, justamente, echar a perder la oportunidad porque por primera vez desde que era niña me sentía nuevamente viva, todo vibraba a mi alrededor, adentro mío, me parecía imposible tener que renunciar a este nuevo estado. Además de eso, por supuesto, tenía una sospecha; la sospecha que tienen, o al menos tenían, todas las mujeres: que él estuviera jugando conmigo, que quisiera divertirse y nada más. Todos estos pensamientos daban vueltas en mi cabeza mientras estaba sola en esa triste habitación de pensión.

Esa noche logré conciliar el sueño recién a las cuatro, estaba demasiado intranquila. Sin embargo, a la mañana siguiente no me sentía para nada cansada, mientras me vestía comencé a cantar; durante esas pocas horas habían nacido en mí unas enormes ganas de vivir. El décimo día de estadía le mandé una postal a Augusto: Aire fantástico, comida mediocre. Espero haberlo saludado con un abrazo afectuoso. Había pasado la noche anterior con Ernesto.

Esa noche, de repente, me di cuenta de algo, que entre nuestra alma y nuestro cuerpo hay muchísimas ventanitas; si están abiertas, por allí pasan las emociones, si están entrecerradas apenas se filtran; solo el amor las puede abrir de par en par todas juntas y de golpe, como una ráfaga de viento.

Durante la última semana de mi estadía en Porreta estuvimos siempre juntos, dábamos largos paseos, hablábamos hasta tener la garganta seca. ¡Qué distintas eran las conversaciones de Ernesto a las de Augusto! Todo en él era pasión, entusiasmo, sabía introducir los temas más complejos con una simpleza absoluta. A menudo hablábamos de Dios, de la posibilidad de que más allá de la realidad tangible existiera algo más. Él había participado a la Resistencia, más de una vez había visto la muerte cara a cara. En esos instantes le había surgido la idea de que existía algo superior, no por miedo, sino para expandir la conciencia hacia un espacio más amplio. “No puedo seguir ritos”, me decía, “no iré nunca a un lugar de culto, nunca podré creer en los dogmas, en historias inventadas por otros hombres como yo.” Nos sacábamos las palabras de la boca, pensábamos las mismas cosas, las decíamos del mismo modo, parecía que nos conociéramos desde hacía años y no desde solo dos semanas.

Nos quedaba poco tiempo, las últimas noches no dormimos más de una hora, descansábamos un tiempo mínimo para recuperar fuerzas. A Ernesto le apasionaba el tema de la predestinación. “En la vida de cada hombre”, decía,

“existe solo una mujer con quien alcanzar la unión perfecta, y en la vida de cada mujer existe un solo hombre con quien estar completa.”. Sin embargo, encontrarse era un destino de algunos, de muy pocos. Todos los demás estaban obligados a vivir en un estado de insatisfacción, de perpetua nostalgia. “¿Cuántos encuentros serán así?”, decía en la oscuridad de la habitación, “¿Uno entre diez mil, uno entre un millón, entre diez millones?”. Uno entre diez millones, sí. Todo el resto es ajustes, simpatía epidérmica, transitoria, afinidad física o de carácter, convenciones sociales. Después de estas consideraciones no dejaba de repetir: “Qué afortunados que fuimos, ¿verdad? Quién sabe qué hay detrás, quién sabe.”

El día de la partida, esperando el tren en la diminuta estación, me abrazó y me susurró al oído: “¿En qué vida nos conocimos?” “En muchas”, le respondí, y me largué a llorar. En la cartera tenía escondida su dirección en Ferrara.

LOS RECUERDOS

¿Qué recuerdos tenemos de los primeros enamoramientos de la adolescencia?



EL AUTOR

Marco Balzano nació en Milán, donde se desempeña como profesor de Literatura en colegios secundarios. Casado y padre de dos hijos. Doctor en Letras con una tesis sobre Giacomo Leopardi, ganador del Premio Centro Nazionale di Studi Leopardiani, es reconocido en el año 2007 por la recopilación de poesías *Particolari in controsenso* (Ed. Lieto Colle), antología premiada en la octava edición del Concurso Nacional de Poesía y Narrativa Guido Gozzano.

Publicó en varias revistas distintos artículos y ensayos sobre Leopardi, Belli, Pascoli.

En el 2010 publica su primer novela, *Il figlio del figlio* (Ed. Avagliano), adjudicándose el Premio Opera Prima en la undécima edición del Premio Letterario Corrado Alvaro. El libro fue traducido en alemán en el año 2011. Con *Pronti a tutte le partenze* (Sellerio) se adjudica el Premio Flaiano en la categoría Narrativa en 2013. El libro fue traducido en Francia en 2015. Al año siguiente, siempre con la editorial Sellerio, publica su tercera novela, *L'ultimo arrivato* con el cual se adjudica distintos premios tanto italianos como también europeos. La novela fue traducida en Francia, Alemania y en los Países Bajos. En 2015 contribuye a la antología *Milano* (Sellerio) con un cuento titulado *Primi giorni di scuola*.

En 2018 cambia de imprenta y publica *Resto qui*, su cuarta novela, con Einaudi; el libro se posicionó en segundo lugar en el *Premio Strega*. Dicho libro fue traducido en Francia, en donde fue ganador de la sección Stranieri del Prix Méditerranée y en Alemania, donde en solo pocos meses logró vender cien mil copias, y en otros veinte idiomas.

Colabora con las páginas culturales del *Corriere della Sera* y enseña escritura en la escuela Belleville de Milán.

LA TRAMA

Alto Adige, 1920. Trina es una joven alemana con el sueño de ser profesora. Desde hace poco tiempo la región paso a formar parte del territorio italiano, con motivo de los tratados de paz de la Primera Guerra Mundial. Con la Subida al poder del fascismo, el Duce no solo impone a la región, tradicionalmente de habla alemana, el uso del italiano como idioma (incluso en los actos públicos), sino que también excluye del mundo escolar a todos los aspirantes a profesores de habla alemana.

Trina, excluida del mundo de la escuela, comienza a enseñar en una escuela clandestina, o bien en una de las escuelas alemanas no autorizadas por el régimen. Mientras tanto, se casa con Erich, un joven que todos los días visitaba la tienda del padre y con quien tiene dos hijos: Michael e Márica. Esta última es la destinataria ideal de la novela, escrita en forma de carta epistolar destinada a la hija quien, en 1939, en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, parte con la tía (sin su consentimiento) con la ilusión de un futuro mejor en tierras alemanas: de hecho, en aquel periodo Hitler había invitado a los tirolese del sur a 'reunirse' con los demás pueblos de habla alemana, prometiéndoles un futuro mejor.

Mientras tanto, bajo el dominio fascista, se lleva a cabo el proyecto de un lago artificial con una represa para la producción de energía hidroeléctrica. Un proyecto que prevé que la pequeña aldea de Curon, trasfondo de los acontecimientos de la novela, sea destruida y sumergida, todo sin una mínima opinión de los habitantes de la



zona, en pie de guerra. Comienzan las investigaciones y las excavaciones, pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial interrumpe los trabajos. Erich es llamado a filas y, después de unos meses, es dado de baja temporalmente debido a una lesión grave. Para no volver a pelearse con Trina, deciden huir a las montañas, mientras Michael, seducido por las ideas nazis, se alista en el ejército alemán.

Luego de transcurrir meses en un refugio pasando hambre, la guerra termina y la pareja regresa al pueblo. Mientras tanto, el proyecto de la represa se reanuda y Erich y Trina lucharán hasta el final para detenerlo.

Resto qui di Balzano se caracteriza por un lenguaje seco pero fluido. Trina, como narradora en primera persona, cuenta con claridad todos los hechos, sin caer en un patetismo excesivo, pero al mismo tiempo sin ocultar los pensamientos y emociones que se apoderan de ella. Es una testigo extraordinaria de su tiempo, contado de forma fluida, casi cinematográfica. La narración de los eventos en un orden cronológico exquisito hace que la narración sea muy clara desde el punto de vista de las conexiones entre causa y efecto.

“Consideraba a cualquier persona educada como una persona innecesariamente difícil. Un inútil, un sabiondo, uno que busca el pelo en el huevo. Yo, por otro lado, creía que el mayor conocimiento, especialmente para una mujer, eran las palabras. Hechos, historias, fantasías, lo que importaba era tener hambre de ellos y abrazarlos con fuerza para cuando la vida se complicara o se despojara. Pensé que las palabras podrían salvarme”.

Marco Balzano

EL TEXTO

Los hombres nunca me interesaron demasiado. La idea de que tuvieran algo que ver con el amor me parecía ridícula. Para mí eran demasiado torpes o demasiado densos o demasiado groseros. A veces las tres cosas juntas. Por estos lados todos tenían una parcela de tierra y algún que otro animal y ese era el olor que se les impregnaba. Establo y transpiración [...] La idea de desentenderme del mundo me entusiasmaba más que pensar en la familia. Pero Dios fue siempre un pensamiento demasiado difícil, cada vez que pensaba, me perdía.

Al único que miré fue a Erich. Lo veía pasar al amanecer, con el cabello rebajado en la frente y el cigarro a un costado de la boca desde muy temprano. Siempre quería asomarme por la ventana para saludarlo, pero si abría la ventana, habría sentido frío y seguramente Má me habría gritado para que la cerrara enseguida. «Trina, ¿te has vuelto loca?!».

Má era una que gritaba siempre. Por más que hubiese abierto la ventana, ¿Qué cosa le hubiera dicho? Era tan torpe que a duras penas hubiera balbuceado alguna palabra. Es por eso que solamente lo veía alejarse hacia los bosques mientras Grau, su perro repleto de manchas, reunía el rebaño. Cuando estaba con las vacas Erich se movía muy lentamente al punto de parecer que estaba inmóvil. Entonces agachaba la cabeza entre los libros, segura de volverlo a ver en el mismo lugar, y cuando la levantaba nuevamente lo veía de manera diminuta por el camino. Bajo los alerces que ya no están más.

Esa misma primavera me reencontré cada vez más con el libro abierto y el lápiz en la boca mientras imaginaba a Erich. Cuando no estaba Má caminando cerca de mí le preguntaba a Pá si al vida de los campesinos no era una mera existencia de soñadores. Después de haber hecho trabajos en la huerta se puede caminar por el césped con los animales, sentarse sobre una roca y permanecer en silencio a mirar el río que desciende plácidamente quien sabe desde hace cuántos siglos, el cielo frío que no se sabe dónde termina.

– Todo esto pueden hacer los campesinos, ¿Verdad Pá? Pá reía con la pipa entre los dientes. – Pregúntale a aquel joven que espías por la mañana desde la ventana si hace el trabajo que le gusta... La primera vez que conversamos fue en el patio de la finca. Pá era carpintero en Resia, pero incluso en nuestra casa parecía que estuviéramos en una tienda. Siempre había un vaivén de gente que se acercaba para hacer reparaciones. Cuando los huéspedes se retiraban, Má se quejaba porque nunca había paz. Entonces él, incapaz de aguantar los retos, le respondía que no había nada para reclamar porque en la tienda se trabaja incluso cuando uno ofrece un vaso de agua o

intercambia dos palabras, es más, es así como se ganan los clientes. Ella tiró de su nariz para terminar la discusión, esa nariz esponjosa que tenía papá. "Te ha vuelto a crecer", le dijo. – ¡En cambio a ti te ha crecido el trasero! Replicó él. En ese momento mamá se puso furiosa: – ¡Ahí está: me he casado con un grosero! – y le arrojaba el repasador. Pá se reía y le tiraba un lápiz, ella otro repasador, él otro lápiz. Para ellos, tirarse cosas era una forma de quererse.

Esa tarde Erich y Pá fumaban y miraban con ojos de caracol las nubes acumuladas sobre el Ortles. Pá nos dijo que esperaríamos un momento a que él fuera a buscar una copa de aguardiente. Erich era alguien que levantaba el mentón en lugar de hablar e insinuaba sonrisas ahogadas, con una forma segura que me hacía sentir pequeña. – ¿Qué harás después de tus estudios? ¿La maestra? – Él me preguntó. – Tal vez sí. O tal vez iré lejos, – respondí solo para decir una frase propia de una adulta. Cuando dije eso, su rostro se oscureció de inmediato. Tiró el cigarrillo con fuerza y las colillas casi le quemaron los dedos. "Yo nunca querría irme de Curon", dijo, señalando el valle. Luego lo miré como a un niño que se queda sin palabras y Erich me acarició la mejilla para saludarme. – Dile a tu padre que beberé el aguardiente otro día. Asentí con la cabeza, sin saber qué más decir. Me coloqué con los codos sobre la mesa para seguirlo mientras se alejaba. De vez en cuando echaba un vistazo a la puerta porque temía que de repente apareciera Má. El amor te hace sentir a veces como un ladrón.

Erich solía ir a casa, siempre había sido amigo de papá, que lo amaba porque Erich no tenía padres. Pero a Má no le agradaba mucho. Ese chico es soberbio, decía. – Pareciera que habla solo para hacerte un favor. De los demás esperaba toda la amplitud que ella no tenía. Pá lo hizo sentarse en el taburete, luego puso la silla boca abajo y apoyó los codos en el respaldo, tomando las barbudas mejillas entre sus manos. Erich se parecía a su hijo. Un hijo inquieto, que pide consejos para todo.

Los estaba mirando desde detrás de la jamba de la puerta. Intenté hacerme más desgalda conteniendo la respiración y pegando las palmas de las manos a la pared. Si se acercaba mi hermano Peppi, lo ponía a mi lado y le cerraba la boca. Él trataba de liberarse pero en esa época todavía lograba inmovilizarlo. Peppi era siete años menor que yo y, además de ser el preferido de mi madre, realmente no sabía qué más decirle. No era más que un mocoso con la cara sucia y las rodillas despellejadas.

Cuando papá me llevó al altar, en esa iglesia toda ataviada con geranios que Maja había colgado por todas partes, apenas pude contener las lágrimas. No por emoción sino porque ese mismo día subieron a Bárbara a un coche y la enviaron a la frontera. La trataban peor que a una prostituta, obligándola a desfilar por las calles con esposas en las muñecas. Yo tenía un vestido blanco todo almidonado, lleno de volados, con el pelo trenzado y zapatos relucientes, ella estaba despeinada y con zapatillas viejas en los pies. La gente en la iglesia me estaba esperando a mí y a todos, incluso el cura, pensaban que estaba retrasada por cuestiones de maquillaje. En cambio yo estaba en el atrio llorando y rogándole a Pá que me llevara así como estaba a la casa de Bárbara para dejarme hablar con los *carabinieri* y admitir que todo había sido culpa mía y que yo también tendía que ir a la frontera. "Hija, detente", me repitió pacientemente, entregándome su pañuelo. Y si en un momento Peppi no lo hubiera ayudado a arrastrarme hasta el altar, tal vez realmente habría renunciado a la ceremonia.

Nos fuimos a vivir a la finca de Erich, que era la de sus padres. [...] Me levantaba con él cuando aún era de noche, le preparaba la sopa de leche y, si lo necesitaba, le daba una mano para ordeñar las vacas y repartir el heno. Los domingos, Erich y yo montábamos nuestras bicicletas. Nos quedábamos junto al río, llenábamos cestas de hongos, tomábamos senderos que subían por los picos. Conozco el valle no porque él me haya llevado allí, sino porque allí he nacido.

Cuando allá arriba sentía frío, me frotaba la espalda. Tenía manos largas y nerviosas, que me gustaba sentir sobre mi cuerpo. Incluso durante las vacaciones, se despertaba al amanecer y decía: – ¡Vamos, vamos a dar un paseo, el cielo está limpio! – A mí me gustaba holgazanear, pero Erich hacía café de cebada, me lo llevaba a la cama y luego revoleaba por el aire las sábanas. Sobre la posibilidad de tener hijos decía que no lo había pensado aun, y cuando le respondía que los quería, se encogía de hombros. "Vendrán cuando quieran", respondía secamente. Aun no había terminado de decir esa frase, que quedé embarazada.

LOS RECUERDOS

¿Qué recuerdos tenemos del primer novio o de la primera novia que presentamos a nuestros padres? ¿Qué nueva consciencia ha despertado en nosotros el matrimonio?



LA AUTORA

Marta Barone nació en 1987 en Turín, donde vive y trabaja como traductora y consultora editorial. Estudió Literatura Comparada en la Universidad de Turín. En 2008 con Mondadori publicó *Miriam delle cose perdute* y en 2011 *I giardini degli altri*. Ha llamado la atención de lectores y críticos con *Città sommersa* (Bompiani, 2020), novela literaria en proceso de publicación en varios países.

LA TRAMA

La novela narra la minuciosa investigación orientada a descubrir la historia del padre de la autora que murió pocos años antes de la redacción del libro, L.B., “paladín de los oprimidos”, perdedor entre los “perdedores de la historia”, carismático y misterioso médico acusado en 1982 por delito de participación en una banda armada. *Città sommersa* habla de una joven autora hábil en la forma y de cómo encuentra una historia en la historia de su padre, elaborando al mismo tiempo su vida y su duelo; el núcleo de esta novela luminosa se encuentra en la meta-narración.

Città Sommersa ilumina las farolas de una ciudad fantasmal de puertas rotas y siluetas de cuerpos trazados sobre el asfalto, *Turin-la-Terreur*, como escribe Marta Barone, citando un título de France Soir. Todas las calles de Turín hablan del padre. L.B. fue parte de *Servire il popolo*, L.B. trató a los heridos en los ataques de Primera Línea. Desde un extremo de la línea del tiempo, el siglo XX de L.B., un joven honrado, comprometido con numerosas causas, creyente en la ideología; en el otro extremo, estos años, los años de Marta, escritora, no creyente en nada, angustiada por su desinterés por el material literario que le ofrece la vida.

L.B. y Marta, padre e hija, se encuentran en el amor, con rabia y sobre todo en silencio: la niña no conoce bien la historia de su padre, y viaja con una expectativa incierta. Para encontrar su lugar en el mundo, a L.B. se le da una ideología; para contextualizar, a Marta no se le da su propia historia. Al inicio de este camino, Marta casi carece de la noción de historia, vive sus recuerdos simultáneamente con el presente, en una violenta parataxis temporal.

En el espejo entre las dos generaciones, dos temporadas en la historia de Italia, *Città sommersa* surge como un libro sobre la lucha entre el silencio y la escritura. Inicialmente, la protagonista no siente interés por la historia de L.B., no tiene imágenes de él y por lo tanto no se lo imagina (posteriormente se dedican muchas páginas a la importancia de las fotografías). Frente a los años de plomo, el autor encarna una segunda generación sin testimonio, que se ha transmitido por un vacío que habla de violencia. Como si experimentara los efectos de una detonación, Marta comienza a acercarse a la historia y la encuentra fragmentada.

Un día, de repente, sucede algo: Marta Barone experimenta “un acto de interés”. Chocando con un recuerdo defensivo de LB, por primera vez en la joven formalista a merced de una ausencia de contenido post-ideológico, se enciende un fuego, Barone comienza a recoger información y ordenarla, luego a escribir sobre ella, y su pensamiento cambia.



Los años de plomo son años de periodismo donde la literatura se ensombrece, años vinculados al papel de diario, de baja calidad, reciclado para limpiar las ventanas. Barone extrae magistralmente de la dura prosa del periodismo de la época lo que literalmente la involucra más. En el capítulo en el que el autor narra el atentado a la Facultad de Administración de Empresas, las citas de los testimonios de los presentes se alternan a descripciones quirúrgicas del *modus operandi* de los terroristas y a periodos que llevan todo esto a un nivel literario. La prosa rítmica de Marta Barone alterna un registro poético con otro más bien de crónica, utilizando como elemento unificador un sentimiento que defino como “suspensión de la piedad”, algo diferente a la crueldad.

Las páginas ricas de *Citta sommersa* están dedicadas al juego de las miradas, la proximidad y las acusaciones con las que se tejieron las relaciones interpersonales entre los compañeros de la izquierda extraparlamentaria, los no violentos y los violentos. En este libro capaz en todo momento de conmover hasta las lágrimas, las páginas más dramáticas están dedicadas a los años siguientes a los de plomo, cuando todo terminó y entre compañeros se procedió al fratricidio, sospechando de amigos, quitando el recuerdo, quitándoles las palabras a los arrepentidos, “los espías”, a veces matándolos brutalmente.

Se trata de una novela de formación, no del padre o de la hija, sino del autor, que en cada capítulo del libro no deja de pensar en la construcción del libro en sí, en la distinción entre sí misma, él y la obra, sobre la discrepancia entre testimonio y verdad o entre literatura y realidad.

Al encontrar la historia de su padre, la autora ha encontrado su propia historia; y dado que la historia del padre coincide con un capítulo oscuro y parcialmente reprimido de la historia de Italia, incluso el lector puede encontrar piezas de sí mismo. Encontrar un padre es redescubrir una historia, para que la ciudad de la memoria resurja con todos sus habitantes.

“Desde que tuve la habilidad de recordar, recordé mucho, y con una clara precisión de contornos. [...] No necesitaba recordar. El pasado era una extensión uniforme.”

Marta Barone

EL TEXTO

¿Quién era yo? Nunca me lo pregunté. En primer lugar, como cualquier persona con un mínimo de sentido común, estaba profundamente asqueada de mí misma. Además, no sentía la necesidad de preguntar. Veía el tiempo a mis espaldas como una especie de día único, largo, en cuya luz clara y plana todo lo que había sido mi vida parecía haber ocurrido hace unas horas y totalmente evidente. Por razones personales, claro, no es que haya vivido tanto, después de todo, pero también por otra cosa. Como tuve el poder de recordar, recordé mucho, y con una clara definición de contornos. Es más: sentí una perfecta continuidad entre la conciencia que tenía de mí misma a los ocho, doce, veinte y la que tenía ahora.

[...]

Dos años antes de irme a Milán, mi padre había muerto. Era el 14 de junio de 2011. Padecía un cáncer de hígado, que en cuestión de meses había llegado, inevitablemente, estadísticamente, a los pulmones. Mientras se encogía y se volvía gris como la ceniza, me dijo que era una infección que lo había golpeado porque todavía estaba demasiado débil para la enfermedad que ya había pasado. Al hablar, usó la jerga técnica que ambos conocíamos por diferentes razones. Asentí desde el sofá de enfrente. ¿Sabía que yo lo sabía? Probablemente sí. Además, no podía ocultar su terror. Pero por un acuerdo tácito habíamos continuado así hasta el final.

[...]

No sabía mucho de él. Además de que cuando somos pequeños nos limitamos a ver que nuestros padres existen, y no nos importan mucho, mi padre y yo habíamos vivido en casas diferentes durante más de veinte años, y en algunos períodos de diversa índole mucho tiempo no habíamos hablado o apenas nos habíamos visto. Tuvimos, como suele decirse, relaciones difíciles.

Cuando nació él tenía casi cuarenta y dos años. Siempre había sido inexplicable. No entendía muy bien qué trabajo hacía (cuando yo era muy joven había enseñado en una escuela secundaria privada, pero quién sabe), por qué había comenzado a estudiar.

[...]

Entonces vivía en un ático. La diminuta cocina donde comíamos cuando me iba a dormir a su casa tenía una gran ventana que daba a los tejados. No había traído nada con él. Se sentía como si hubiera salido de la nada, que nada había pasado antes de que yo existiera. Pero a los cinco años, este tipo de tiempo es perfectamente aceptable. Los adultos son hechos y misterios insondables; los adultos van y vienen, sus rostros aparecen y desaparecen, las habitaciones en las que viven siempre han existido y juntas se producen por primera vez en el mismo momento en que tú, el primer ser humano de la tierra, cruzas el umbral. A veces son fugaces, a veces son tan inmutables como las montañas. No te preguntas por ellos.

[...]

Cuando a los catorce descubrí por casualidad que antes de estar con mi madre había estado casado (...) le pregunté a mi madre: "¿Pero por qué no me lo dijiste nunca? ¿Cuál fue el motivo?" Estaba realmente perpleja.

Lo había pensado y luego respondió: "Divide su vida en compartimentos estancos".

No tenía otras explicaciones, y en realidad nunca hubo explicaciones, ni un propósito real, de las omisiones de mi padre, de su propensión a desintegrar el pasado. Pasó de un lugar a otro en la vida así, escondiéndose de aquellos a quienes antes había estado atado y ofreciéndose con ambas manos, envuelto en un esplendor ficticio, a los que vinieron después.

[...]

No recuerdo cuándo supe que mi padre había estado en prisión. Ya no puedo decir quién me lo dijo, ni en qué circunstancias, ni a qué edad, pero todavía debo haber sido bastante pequeña. (...) Me dijo que era médico; que había sido arrestado bajo sospecha de ser un terrorista; que los demás médicos del hospital le habían dado la espalda y por eso no quería volver allí y había dejado la profesión; que al final lo habían absuelto con fórmula completa (yo ya había nacido hacía un año); que nunca había sido un terrorista, y todavía no tenía problemas para creerle en esto. Eso es suficiente, aparte de algunas otras sugerencias a lo largo del tiempo. (...) Entonces, cuando abrió la memoria defensiva, esto era lo que yo sabía: casi nada.

[...]

¿Por qué rehuyó su propia historia? ¿Quién era mi padre?

Nunca pensé que me haría una pregunta así. (...) La falta de información me hizo desear. Decidí escribirle a un antiguo amigo mío de la secundaria un par de años más joven que yo, a quien no había visto desde que salí de la escuela. Su padre, no lo sabía en ese momento, me dijeron después, había sido mi abogado y había seguido las dos primeras etapas del juicio.

Fue el abogado quien me llamó. Era una tarde de principios de enero. Me temblaba la mano cuando me dijo quién era, pero él también parecía emocionado. Su voz parecía feliz, casi conmovida. Como si le agradara que hubiera decidido buscarlo.

"Sabes, realmente quería mucho a tu padre", dijo finalmente. Ven a verme cuando quieras. Te diré todo lo que pueda".

LOS RECUERDOS

¿Sintieron alguna vez la necesidad de conocer en profundidad a sus abuelos, a sus padres, algún otro pariente del cual tienen recuerdos lejanos?

Addio fantasmi

Nadia Terranova

14

36 anni

LA AUTORA



Nadia Terranova nació en Messina en 1978, vive y trabaja en Roma. Después de la licenciatura en Filosofía en la universidad de Messina y el doctorado en Catania, en 2003 se muda a Roma. Allí se dedica a la redacción de su primera novela, *Gli anni al contrario*, publicada en 2015 por Einaudi. La obra es recibida positivamente por el público y la crítica ganando numerosos premios, entre los cuales el Bagutta Opera Prima, el Premio Brancati, y el The Bridge Book Award, en los Estados Unidos. En 2016 la obra ha sido traducida en Francia. Según un artículo de diciembre de 2019, publicado por el periódico La Repubblica, *Gli anni al contrario* se encuentra entre las diez novelas italianas más bellas producidas en la

década que va de 2009 a 2019. Colabora con las páginas culturales del *Corriere della Sera* y enseña escritura en la Scuola Belleville de Milán.

En 2012 ha publicado *Bruno. Il bambino che imparò a volare*, inspirado en la vida del escritor Bruno Schulz, con el que ha ganado el Premio Laura Orvieto y el Premio Napoli en la categoría “Libri per bambini e per ragazzi”.

En su producción literaria Terranova alterna novelas clásicas con libros para adolescentes. En 2016, en Mondadori Ragazzi, publica *Casca il mondo* (finalista en los premios nacionales de Letteratura per Ragazzi Premio Cento e Il Gigante delle Langhe).

El 25 de septiembre de 2018, con Einaudi, ha publicado la novela *Addio fantasmi*, que en diciembre del mismo año es incluido entre los mejores diez libros de 2018 por la revista cultural *La Lettura* (suplemento dominical del *Corriere della Sera*). La novela ha estado entre los cinco finalistas del Premio Strega 2019 y ha ganado otros numerosos premios literarios.

LA TRAMA

Ida ha nacido en Messina, pero desde hace años vive en Roma, casada con Pietro, trabaja como autora de historias radiofónicas. No tienen hijos y detrás de esta elección hay algunas dificultades, pero sobre todo su incapacidad para superar un trauma acaecido cuando tenía 13 años. En ese tiempo sucedió que el padre de Ida, deprimido profundamente, una mañana abandonó su familia sin decir nada, para luego desaparecer para siempre, sin poder encontrar ningún indicio de su destino. El shock de Ida es amplificado por la circunstancia que, con sus trece años, ayudaba al padre mientras su madre trabajaba; al verlo rechazar el alimento y persistir en el mutismo, la joven comía el almuerzo de ambos, dando lugar a una ficción que valía solo para ella. Después de su desaparición, la madre de Ida se resignó y se rindió ante las circunstancias, mientras la adolescente, convertida en joven y luego en mujer adulta, nunca dejó de revivir ese momento, escuchando a su padre cuando corre el agua y teniendo sueños insoportablemente angustiantes.

Ida tiene treintaseis años cuando un día la madre le pide que vaya a Messina. Quisiera vender la casa, que, sin embargo, necesita algunos arreglos, y quiere que Ida vea las cosas que ha separado. Con mucha perplejidad, toma el tren y va a ver a su madre. Entre ellas hubo varios roces e Ida solo quiere recuperar una caja roja, que su madre



no sabe que existe; además rechaza la idea de considerar que esa casa todavía es suya, evitando (según la madre) una responsabilidad que las dos deben compartir.

Durante los días siguientes, Ida logra recordar su passato, buscando los lugares en los que ha estado con sus padres, sobre todo con el papá. Juntos iban a la costanera, luego ella iba a patinar; por eso ha asociado el padre al elemento acuático y, además, porque probablemente el hombre se ha tirado al mar, después de haberse ido de la casa. Siguió veintitrés años de silencio, de pensamientos nunca expresados, de reproches bastante explícitos de parte de su madre ("No existe solo tu dolor") y de una muda desaprobación del marido. Ni siquiera el nombre de este padre ha podido pronunciar, pero ha llegado el momento: recorriendo las antiguas calles de su vida interior, Ida se anima a escribir en un banco: "Aquí ha muerto Sebastiano Laquidara. Lo llora su hija Ida".

Pero el peregrinaje espiritual de Ida no ha terminado. De regreso a casa, por fin se anima a buscar la caja roja, y a abrirla. Adentro están la pipa del padre y un cassette con su voz. Enfrentando estos objetos, sepultados desde hace veintitrés años, Ida por fin llora, y luego ríe, porque se da cuenta de que ha modificado a lo largo de los años el recuerdo de la voz del padre, a tal punto que al principio no la había reconocido.

Ya se acerca el momento de regresar a Roma y su madre ha decidido no vender la casa; será Ida quien lo decidirá cuando ella haya muerto. Ida no se lleva nada consigo, excepto la caja roja, que su madre desconoce. La despedida es serena. En el barco de regreso, en medio del estrecho, Ida se da cuenta de que aun no ha aprendido a decir "Adiós", y que ese es el momento para hacerlo. Entonces toma la caja roja y, con ternura, la arroja al fondo del mar.

"La vida no se construye con los residuos, con lo que tienes guardado. No tenemos otra vida de repuesto, en la que podemos poner las cosas que no hacemos."

Nadia Terranova

EL TEXTO

Una mañana, a mediados de septiembre, mi madre me llamó por teléfono para avisarme que pocos días después iban a comenzar los trabajos para reparar el techo de nuestra casa. Dijo exactamente eso: "nuestra".

Pero desde hacía tiempo yo ya tenía en otra ciudad otra casa de la que ocuparme, una casa alquilada por mí junto a otra persona; ya no existía una casa que habría llamado "nuestra"; esa etiqueta se había despegado cuando me había marchado y los años siguientes había limpiado la memoria con cuidada violencia. Sí, sabía que el techo se estaba cayendo – había empezado a caerse ya desde mi nacimiento, no había hecho más que agrietarse y llover en forma de polvillo y restos de revoque a lo largo de toda la vida en que había vivido allí adentro – pero yo no tenía ninguna responsabilidad, no se tiene ninguna culpa de las cosas que no queremos heredar y que ya hemos repudiado. Escribía para la radio historias aparentemente verdaderas que tuvieron una inesperada popularidad, tenía un compañero, un trabajo, una ciudad diferente, nuevas veladas y otro tiempo.

Mi madre dijo que siempre se había tenido que ocupar de todos los problemas ella sola, el peso de la casa recaía sobre sus espaldas, estaba cansada; rehacer el techo, que era plano y embaldosado y además servía como terraza, habría sido su último gesto de generosidad porque, obviamente, no podía poner en venta la casa en ese estado, antes de comprarse una más pequeña y más sólida. Dijo que una empresa iba a reparar los estragos provocados por el mal tiempo, por una mala aislación y por viejos arreglos de los vecinos, mientras que en nuestra casa – repitió: nuestra – debajo del techo, debajo de los pies y el trabajo de los obreros, ella y yo íbamos a revisar muebles, utensilios y libros para empezar a vaciarla: no quería que un día pudiera reprocharle que había regalado mis objetos; era necesario que volviera para elegir qué descartar.

Pensé que sería fácil, porque, aparte una caja de hierro roja guardada en el fondo de un cajón, no me interesaba más nada.

Preparé una valija con poca ropa y compré por internet un pasaje en tren para el día siguiente: iba a mirar por la ventanilla a lo largo del trayecto costero del ferrocarril calabrés, hasta Villa San Giovanni; allí iba a tomar el barco para cruzar a Messina llegando a lo de mi madre y llevándole la ayuda que me pedía. Esa noche soñé que me ahogaba en el mar.

[...]

Después del almuerzo me encerré en mi habitación llevando conmigo dos bolsas llenas de cosas que mi madre había juntado en el estudio porque tenía que evaluar qué conservar, qué tirar, qué era importante y qué no, de qué cosas tenía que desprenderme y con cuáles debía conmovirme. Ella no podía saber que a mí solo me interesaba salvar el contenido de una caja roja en el fondo de un cajón, y, por otra parte, me intrigaba saber qué objetos había separado para mí.

Me senté en la cama y empecé. Creí que dentro de esas bolsas iba a encontrar el motivo de su pedido, una serie de recuerdos y prioridades, la señal de nuestra memoria compartida, una mano tendida para rescatarme del silencio de tantos años; con voracidad empecé a vaciar, a extraer, a dejar caer en el piso lo que no me interesaba: repuestos de una bicicleta, cartuchos sin usar de una impresora que había tirado antes de mudarme. ¿Eso era todo?

Más cosas sacaba, y más aumentaba mi desilusión y la tristeza: mi madre había reunido esos objetos que, según ella, habrían podido servirme, no aquellos en los que habría proyectado un recuerdo. Su selección no tenía nada que ver con la memoria, sino con la utilidad.

[...]

Me levanto de la cama y me acerco al escritorio, abro el cuarto cajón, el último, el más bajo. Desplazo un paquete de cartas, [...] un cuaderno, desplazo dos diarios: la caja de hierro roja está allí adonde siempre estuvo. La aferro, la observo, la estudio y la reconozco. Aquí adentro hace veintitrés años he colocado las pruebas de la existencia de un hombre llamado Sebastiano Laquidara, en esta caja roja he sepultado el olor y la voz de mi padre. Con un pequeño golpe fuerzo la apertura. El tabaco de la pipa acurrucada en el fondo sube hasta mis narices, hasta la garganta; cierro los ojos y, como una adulta, gozo del perfume de mi infancia. Este es el aroma que dejaba mi padre cuando entraba y salía de las habitaciones, y que me quedaba pegado en las mejillas y en el cuello después de los besos y las caricias. Huelo el aire y me encuentro, huelo y sé quién soy. Paso la pipa de una mano a la otra, la pongo entre los dedos, la acaricio y me la llevo a las narices, dejo que ese olor libere su potencia ejerciendo sobre mí un control absoluto hasta que el sentimiento se vuelve demasiado intenso; entonces tengo que alejarme; desplazándome hacia el balcón el olor se vuelve más débil y casi desaparece, regreso, estoy llorando, por fin lloro.

Lloro hasta que no me quedan lágrimas, mientras espero pasar al segundo objeto puesto en el fondo de la caja, el cassette en su cajita de plástico, la caligrafía de mi madre sobre la etiqueta con renglones: «11 años Ida». Ya no logro mantener en orden los recuerdos: soplaban once velitas rosas allá, en la sala, la torta era un profiterol (en casa lo llamábamos «blanco y negro», el bien y el mal), había tenido once velitas y pocos regalos, un par de patines nuevos de parte de mi padre, el cabello estirado hacia atrás en una trenza de parte de mi madre, a mi alrededor niños, amigos de la infancia, no recuerdo sus nombres, pero nos recuerdo a nosotros tres: mi padre, mi madre y yo, el triángulo originario. Soplo las velas, los niños se van, mi madre exhorta: cantemos, yo bailo, salto sobre el sofá con los zapatos, nadie me regaña, mis padres han bebido vino espumante, han bebido demasiado. Mi madre no canta, sale de la habitación, vuelve con el grabador, le quita el celofán a un cassette virgen, aprieta la tecla Rec, el recuerdo se interrumpe. Oscuridad. [...] Ahora el grabador me devolverá, veintitrés años después la última vez que escuché la voz de mi padre. Saco la cinta de la caja, «11 años Ida», y la pongo en el lector, Play. [...] Cinta, te lo ruego: no te rompas, no te detengas. Mientras tanto, mi padre ha obedecido y poco a poco ha comenzado a cantar; la voz, que primero es sutil se vuelve más grave, potente, luminosa, y yo comienzo a reír, y me río, y me río. Canta, y canta, y canta. La habitación se llena de su nombre, de su cuerpo, de su voz y de su olor, y la noche envuelve el Estrecho y toda la ciudad de Messina, la noche envuelve la desaparición de mi padre, el cassette de mi madre, mi risa, las lágrimas y todo lo que hasta ese momento ha pasado sobre la Tierra.

LOS RECUERDOS

¿Qué objetos conservamos de nuestra infancia o de la adolescencia? ¿Cuál hubiera sido nuestra “caja roja” y qué habríamos guardado en ella?